

cuadernos de la facultad

FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS

C O L E C C I Ó N

**MONOGRAFÍA  
TEMÁTICA  
2000**

Nº 15

**MITOS Y PALABRA CREADORA  
DE MUNDO EN LA LITERATURA  
HISPANOAMERICANA**

*Carmen Balart Carmona  
Irma Céspedes Benítez*



UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Proyecto:

Innovación y mejoramiento integral de la formación inicial de docentes

# *CUADERNOS de la FACULTAD*

COLECCIÓN  
MONOGRAFÍA TEMÁTICA  
2000

Nº 15

MITOS Y PALABRA CREADORA  
DE MUNDO EN LA LITERATURA  
HISPANOAMERICANA

*Carmen Balart Carmona*  
*Irma Céspedes Benítez*

FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS

**PROYECTO:**

*“Innovación y mejoramiento integral de la  
Formación Inicial Docente”*

UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS

**CUADERNOS DE LA FACULTAD**

Decana: Carmen Balart Carmona  
Secretaria Ejecutiva: Irma Céspedes Benítez

**COMITÉ EDITORIAL**

- |                                |                                      |
|--------------------------------|--------------------------------------|
| • Carmen Balart Carmona        | Departamento de Castellano           |
| • Guillermo Bravo Acevedo      | Departamento de Historia y Geografía |
| • Irma Céspedes Benítez        | Departamento de Castellano           |
| • Lenka Domic Kuscevic         | Departamento de Historia y Geografía |
| • Samuel Fernández Saavedra    | Departamento de Inglés               |
| • Giuseppina Grammatico Amari  | Centro de Estudios Clásicos          |
| • Nelly Olguín Vilches         | Departamento de Castellano           |
| • Iván Salas Pinilla           | Centro de Estudios Clásicos          |
| • Silvia Vyhmeister Tzschabran | Departamento de Alemán               |
| • René Zúñiga Hevia            | Departamento de Francés              |

La correspondencia debe dirigirse a la Secretaría Administrativa de la Facultad de Historia, Geografía y Letras, Avenida José Pedro Alessandri 774, Ñuñoa, Santiago de Chile.

Fono-Fax (56-2) 241 27 35. E-mail:cbalart@umce.cl

Impreso en LOM

2000

Inscripción N° 32101

Diagramación: Eduardo Polanco Rumié

Se prohíbe toda reproducción total o parcial por cualquier medio escrito o electrónico sin autorización escrita del Decano de la Facultad de Historia, Geografía y Letras.

## ÍNDICE

	Página
PRESENTACIÓN .....	5
1. INTRODUCCIÓN.....	6
2. CASTILLA Y EL VIAJE .....	7
3. EL DESCUBRIMIENTO .....	8
3.1 Sentido del término .....	8
3.2 Intenciones e interpretaciones .....	9
4. EL HOMBRE AMERICANO .....	10
4.1 Sus orígenes.....	11
4.2 Concepción bíblica.....	12
4.3 La etnología: cuatro poblamientos .....	14
4.4 España, el quinto descubrimiento.....	16
5. LA HISTORIA.....	17
5.1 La fecha .....	17
5.2 El nombre .....	18
6. LA INVENCIÓN.....	20
6.1 La lengua.....	21
6.2 Los mitos .....	23
6.2.1 El mito del lugar edénico .....	24
6.2.2 La Tierra Madre. Ñuke Mapu. Pachamama.....	25
6.2.3 El mito de la naturaleza bárbara.....	26
6.2.4 El mito del buen salvaje.....	27
6.2.5 La ciudad mítica.....	28
6.2.6 El Dorado .....	31
6.2.7 El mito de la ciudad prometeica y progresista.....	32
6.2.8 El mito del progreso.....	34

UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS  
DEPARTAMENTO DE CASTELLANO

---

7.	LA PALABRA.....	36
7.1	La palabra encubridora.....	36
7.2	La palabra creadora .....	38
8.	CONCLUSIÓN .....	40
8.1	1492 .....	40
8.2	América, descubrimiento e invención.....	41
8.3	Empieza a existir América .....	42
8.4	Presencia del suelo americano.....	43
8.5	Las dos vertientes hispanoamericanas.....	43
8.6	Nuestras creaciones .....	45
9.	BIBLIOGRAFÍA .....	46

## PRESENTACIÓN

*El presente Cuaderno de la Facultad, Mitos y palabra creadora de mundo en la literatura hispanoamericana, se propone analizar el significado cultural del llamado descubrimiento de América, que resulta ser más bien un encubrimiento a través de la palabra, proyectado por Europa sobre las tierras a las que llegó Cristóbal Colón y mantenido, a través de la lengua, desde la Colonia hasta nuestros días. Esto implica la necesidad de replantear nuestra actitud americana y reformular la comprensión de nuestros mitos fundamentales para alcanzar la autenticidad del ser americano.*

*En las postrimerías del siglo XX, al revisar nuestra cultura, nos sorprende, una vez más la heterogeneidad de Hispanoamérica, aún no domeñada, pero tampoco definida.*

*Redescubrir el mito hispanoamericano, darle voz, es un modo de buscar nuestra chilenidad y nuestro ser americano, nuestra historia propia. Así lo ha entendido, por ejemplo, el realismo mágico. Pero, también, redescubrir el mito es oír una voz ancestral, una lengua –mapuche, aymará, quechua– que aún resuena y cuyos ecos nos estremecen de añoranza. Junto con el despertar del sustrato aborigen, renace el mito –nunca adormecido– del espacio y las miradas del europeo y del americano descubren admiradas cuán fuerte y vital es la voz del continente, el mito del espacio-tiempo propio que –querámoslo o no– debemos asumir. Pedro Prado, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, entre otros escritores en Chile, por caso, se hacen eco de esas voces calladas y hacen vivo, en una palabra poética, el mito, no el europeizante, sino el autóctono y pareciera que ese mito verifica la palabra del poeta y le da resonancias inéditas.*

## 1. INTRODUCCIÓN

*“Venrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojerá los atamentos de las cosas y se abrirá una grande tierra; y un nuevo marinero, como aquél que fue guía de Jasón, que obe nombre Típhi, descubrirá nuevo mundo”.*

(Cit. por Zea, Leopoldo, 1991, p. 125).

El hombre cuando no puede explicarse el entorno ni su propia naturaleza proyecta lo que intuye, y que no sabe expresar de otro modo, en un mito que se constituye en el centro y eje de su existencia.

A cada uno de nosotros se nos ha revelado, en algún momento, nuestra existencia como algo sumamente personal, algo propio. El descubrimiento de nosotros mismos es la conciencia de nuestra radical soledad, desde la cual, con valentía y decisión, debemos asumírnos en lo que somos o, más bien, en lo que queremos o buscamos ser. Nos sentimos distintos al mundo que nos rodea, separados por un impalpable muro, el de nuestra propia conciencia. La revelación coincide con la etapa de la adolescencia, la edad media entre la niñez, el paraíso del juego y de los sueños, y la adultez, el infierno del trabajo y de las realidades contingentes.

El mito y el símbolo son propuestas que nos ayudan en esta búsqueda de individualidad y de autenticidad. Funcionan a modo de espejo donde nos reflejamos a través de una imagen que se dirige no a la razón, sino a nuestra intuición. Mito y símbolo nos enseñan a dar el salto que nos impulsa a erguirnos y a reconocernos.

El adolescente –dice Octavio Paz– *“inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo.”* (Paz, Octavio, 1979, p. 9). Si trasladamos esa situación personal a la realidad histórico-social, advertimos que Castilla se proyectó en un sueño quijotesco, sin tomar conciencia de sí y queriendo descubrir en el otro, en el descubierto, su propia esencia. No se preguntó: ¿quiénes somos? y, más importante, tal vez, ¿quiénes son?

No es sólo el hombre particular el que busca incesantemente su ser. Es el grupo social, llámese generación, familia, comunidad, tribu, nación, humanidad, el que está en camino hacia un centro perdido. Abyecto, arrojado del paraíso primordial, el hombre busca incesantemente su centro, generando nuevos mitos que lo inducen a caminar, a ascender, a evolucionar.

¿Quiénes somos? ¿Dónde están nuestras raíces? ¿Cuáles son nuestras metas? ¿La identidad chilena, inmersa en la americana, está bien definida? La educación nos entrega mitos que conforman nuestras creencias y nuestra esencial búsqueda. Uno de ellos es el del **camino** y el otro, el del **encontrar**. En los comienzos de la historia de América hispana, estos mitos se traducen en el correlato histórico como un **viaje** y un **descubrimiento** no de un camino sino de un continente.

## 2. CASTILLA Y EL VIAJE

El descubrimiento de 1492 es una insólita empresa de Castilla que no encuentra un camino, sino un continente. Curioso destino el de Castilla que durante siglos forjó, en la convivencia de moros, judíos y cristianos, una historia y una lengua que, en las postrimerías del siglo XV, se expande hacia América, más allá del mar. Pueblos semitas y nómades los dos primeros. ¿Es acaso una maldición de estos pueblos, arrojados de España, la que se cumple, al aventurarse el castellano, no por las arenas del desierto sino por las aguas del mar, hasta llegar a este otro metafórico desierto desconocido? ¿Es el inconsciente colectivo peninsular el que impulsa a los cristianos a la vida nómada en busca de una tierra que no ha sido prometida, pero que late como un fatal espejismo?

Embarcarse significó reemplazar la seguridad del espacio amurallado de la ciudad medieval, por la inseguridad aterradora de lo ignoto, de lo ilimitado de un mar proceloso. El descubrimiento es una empresa de Castilla, pero Castilla vive lejos y de espaldas al océano, metida en la sierra y fortificada en sus inaccesibles castillos. Sin embargo, impulsada por una vocación de aventura misionera, conduce a toda España a una empresa imposible: vencer y dominar la vastedad del océano. Reemplazó, así, la inmensidad de la llanura vetusta, seca, árida, por la vastedad infinita del mar, arriesgándose a surcar el abismo. Para ello, el hombre debió superar el miedo ancestral que ya había verbalizado como el morir:

*“Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar a la mar  
que es el morir”.*

(Manrique, Jorge, 1952, p. 90)

Entonces dirige el río del vivir no hacia el mar, sino sobre el mar para alcanzar algo, no sabe qué, más allá del Mar Tenebroso. Pero, ¿venció el hispano realmente el pánico a ser absorbido por el mar, poblado de todos aquellos monstruos que el terror engendrara en la mente? La seguridad del espacio amurallado de la ciudad medieval se cambiaba por la inmensidad ilimitada del mar *ignoto* y *proceloso*. ¿Hacia adónde? A lo ilimitado de una tierra desconocida más amenazante que el océano mismo y donde las alimañas del terror no eran creadas por la imaginación afiebrada por el miedo sino adoradas por seres infra-humanos, cuyas divinidades se representaban con dragones y serpientes emplumadas. Al expandirse España, buscando un nuevo camino que, sorteando los peligros, abriera el mundo de las especias, los hombres se perdieron en el *laberinto* de un orbe que los devoró, al que nunca comprendieron y al que jamás, realmente, han podido enseñorear. Entonces, la palabra encubrió el mundo, trató de dominar lo indómito con la tarea bíblica del nominar. Incluso cuando la palabra tiene la aparente objetividad de una fecha, se hace sospechosa: ¿Qué significado tiene el doce de octubre (12 - 10)? Ya lo veremos más adelante. La mejor prueba, que demuestra, desde ya lo dicho, lo constituye un nombre: el que se le dio a este *descubrimiento*. El de *Nueva España* no fue aceptado y primó el de *América*.

### 3. EL DESCUBRIMIENTO

#### 3.1 SENTIDO DEL TÉRMINO

En el Diccionario, con respecto al vocablo *descubrimiento*, se lee lo siguiente: "*Hallazgo, encuentro, manifestación de lo que estaba oculto o secreto o era desconocido. | Por antonomasia, encuentro, invención o hallazgo de una tierra o un mar no descubierta o ignorado. | Territorio, provincia o cosa que se ha reconocido o descubierta*" (Diccionario, Real Academia Española, 1984, p. 469).

La idea de *encuentro* ha sido subrayada por Todorov, en *La conquista de América*, puesto que el conocimiento del otro es justamente lo que no se dio en las tierras descubiertas por Colón (Todorov, Tveztan, 1987). Se produjo el hallazgo de nuevas tierras, pero al no haber encuentro humano, mal pudo manifestarse lo que estaba secreto y era desconocido.

El hallazgo de este continente modificó la concepción geográfica de la época. Pero estas tierras habían sido halladas muchos siglos antes por otros hombres que ya las habitaban a la llegada de los hispanos, y en ellas habían desarrollado una cultura diferente.

Habría sido necesario el encuentro de los hombres a través de sus lenguas y sus culturas. Lamentablemente, ese encuentro no se dio: las lenguas aborígenes carecían de lengua-intérprete y la cultura pareció amenazadora a los descubridores y en lugar de tratar de comprenderla, el miedo los impulsó a destruirla: "*Y llevaronnos a unas casas muy grandes, que eran adoratorios de sus ídolos y bien labrados de cal y canto, y tenían figurado en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras grandes, y otras pinturas de ídolos de malas figuras, y alrededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre...*" (Díaz del Castillo, Bernal, 1970, p. 7).

Así fue como sistemáticamente se destruyó la tierra, la cultura y al hombre. Entonces, el *descubrimiento* se transformó en *encubrimiento lingüístico* y la realidad americana se leyó con una lengua europea que se impuso como lengua materna.

En más de una ocasión se ha señalado que el castellano traído a América era, preferencialmente, la lengua hablada por hombres, mejor aún, por marinos. El primer encubrimiento fue imponer como lengua materna, una lengua hablada por hombres rudos que no atendieron al espíritu del aborígen sino a su fuerza.

No interesó la cultura de pueblos que conservaban una mentalidad mítica, en permanente diálogo con la naturaleza, enraizada en el inconsciente colectivo, pueblos capaces de visualizar otro nivel de realidad y de expresarlo en el arte. En su literatura, por ejemplo, palabra e imagen interrelacionadas proyectaban una cosmovisión peligrosamente primitiva. Sí interesó al hispano el paisaje y para hablar de él debió pedir palabras a las lenguas americanas cuando no pudo obligar a la realidad con el decir hispano. Así, en las *Relaciones* de los cronistas constantemente encontramos definiciones para aclarar un

concepto: “vimos venir diez canoas muy grandes, que dicen *piraguas*, llenas de indios naturales de aquella poblazón, y venían a remo y vela. Son canoas hechas a manera de artesas, y son grandes y de maderos gruesos y cavados de arte que están huecos. Y todas son de un madero y hay muchas de aquéllas en que caben cuarenta indios.

Y venían estos indios vestidos con camisetas de algodón como jaquetas, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman *masteles*.” Don Joaquín Ramírez Cabañas, encargado de la edición de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, anota: “Emplea el autor a menudo palabras de la lengua Nahuatl, que escribe incorrectamente, como en intento de castellanizarlas; así ocurre en ésta, que en su lengua de origen es *maxtlatl*. Las transcribimos como las escribió Bernal Díaz, pero cuidamos de subrayarlas. Así se leerá, también líneas adelante *cués*, voz de procedencia maya.” (Ibidem, p. 5).

Tras el *descubrir*, empieza el *encubrir* mediante la palabra la realidad autóctona. ¿Qué es encubrir? El *Diccionario* dice: “Ocultar una cosa, no manifestarla”; y, agrega otra acepción: “Hacerse responsable de encubrimiento en un delito”. Y, encubrimiento de un delito en semántica forense consiste en la “participación en las responsabilidades de un delito por aprovechar los efectos de él, impedir que se descubra, favorecer la ocultación o la fuga de los delincuentes, etc.”. (*Diccionario*, Real Academia Española, 1984, p. 549). Así, a través de la palabra, del mito y de la cultura, en justicia, somos todos, americanos, europeos, indígenas, culpables del delito de encubrimiento de la realidad americana.

Lo que hemos llamado *descubrimiento* ha sido en realidad un sistemático *encubrimiento* de un mundo nuevo a través de la palabra. Sólo hemos leído y oído lo que se nos ha dicho. La palabra nos ha sido prestada junto con el mito y con el rito: es descubrimiento-encubrimiento, simultáneamente. Por lo tanto, debemos recrearla para que ella nos revele nuestra autenticidad. Desde hace ya más de 500 años, en América, todo se nos diluye en hipótesis, en palabras que, en su polivalencia semántica, desdibujan una realidad objetiva.

### 3.2 INTENCIONES E INTERPRETACIONES

Para empezar, ¿quién vino al mando de la expedición?: un presunto genovés de simbólico nombre, Christophorus Columbus, “*Paloma portadora de Cristo*”, es el protagonista que convoca a este viaje por el mar. El mito desdibuja al hombre concreto: ¿es un místico que, enamorado del ideal evangélico, quiere traer este mensaje al Nuevo Mundo? o ¿es un astuto ganancioso que sabe aprovechar secretos mapas para convencer a una reina, también ambiciosa, para que le financie una extraña expedición? o, como lo visualiza Las Casas, ¿es un misionero ansioso de difundir el mensaje de Cristo?

Por otra parte, ¿quiénes son los que lo acompañan? Los que se embarcan, ¿serían aventureros ansiosos de fama?, ¿delincuentes que huían de la justicia?, ¿soñadores atraídos por el misterio?, ¿místicos quijotes en busca de aventuras allende el mar?

Sólo la palabra de los descubridores y conquistadores puede definir sus intenciones, pero el hombre es un ser de interpretaciones y cada uno traduce el hacer del otro y el propio desde su subjetividad y, así, la palabra encubre con esa subjetividad, el continente descubierto y el hacer de los descubridores. La palabra se hace mito, se hace creación poética que alude al mundo, mas el vocablo esencial, testimonio de lo absoluto, de lo inefable, queda en la garganta del hablante:

*“Yo tengo una palabra en la garganta  
y no la suelto, y no me libero de ella  
aunque me empuje su empujón de sangre.  
Si la soltase, quema el pasto vivo,  
desangra al cordero, hace caer al pájaro.”*

(Gabriela Mistral, “Una palabra”,  
*Poesías completas*, 1958, p. 721)

Nuevamente, nos preguntamos: ¿por qué vinieron los españoles?: ¿culpa?, ¿frustración?, ¿ambición?, ¿deseos de aventura? ¿rebeldía frente a lo conocido, aceptado o impuesto? ¿Fueron visionarios?, ¿locos?, ¿poetas? Todas estas razones y muchas más subyacen en cada uno de los que acompañaron a Colón. Para nosotros permanecerá, como un enigma, una pregunta que aflora desde lo más profundo de nuestro inconsciente y a la que no sabremos, tal vez, jamás dar respuesta. Sin embargo, la interrogante está, de alguna manera, presente en el decir y en el hacer histórico del criollo que habita este continente. Pareciera que fama es la palabra que encubre los verdaderos motivos que impulsaron al hispano a participar en la empresa conquistadora.

#### 4. EL HOMBRE AMERICANO

América aparece como un verdadero vivero de mitos y leyendas. Creación del mundo, diluvio, figuras totémicas y arquetípicas coexisten en la mente popular y son incorporados a las leyendas y creencias tradicionales.

El misterioso espacio americano aparece habitado por fuerzas y energías telúricas, creadas tanto por los primitivos habitantes de un precario desarrollo cultural como por los conquistadores y colonizadores de una alta civilización.

El descubrimiento del continente se rodea de mitos. Nos interesa preocuparnos de aquéllos que se generan en torno al último descubrimiento del orbe americano. Medio milenio de desarrollos míticos proyectados tanto por el indígena como por el hispano y que se han impuesto, como una verdadera piel-coraza, a los americanos. Nos hemos perdido en un laberinto del ni siquiera hemos tomado conciencia.

Para empezar, la llegada de europeos a América es, de acuerdo con las investigaciones arqueológicas, por lo menos, el quinto *descubrimiento*. Antes que ellos podemos señalar otros cuatro poblamientos sucesivos que se superponen.

#### 4.1 SUS ORÍGENES

Los orígenes del hombre americano constituyen un problema que inquieta e interesa a cuantos se ven involucrados en el estudio de América. Abundante es la literatura acerca del tema desde los primeros cronistas. De ello da cuenta, por ejemplo, Bernal Díaz del Castillo. En una de sus incursiones, encuentra “*diademas y anadejos y pescadillos y otras pecezuelas de oro*”, y también muchos ídolos “*que dieron mucho que hablar, considerando que no se habían descubierto mejores en ningún otro lugar del mundo. Y como vieron los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran de gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén, y que los echó por la mar adelante en ciertos navíos que habían aportado en aquella tierra.*” (Díaz del Castillo, Bernal, 1970, p. 13).

Penetramos, así, en el campo de las suposiciones y se generan teorías diversas, la mayor parte de ellas fabulosas y míticas. ¿Quiénes eran los naturales de América? Problema muy importante porque de su resolución dependía que fueran o no considerados como seres humanos. Si en la tradición hebraica no se mencionaba este continente, éstos no pertenecían a la humanidad creada por Dios y, por consiguiente, carecían de alma. Había, por lo tanto, que exterminarlos o emplearlos como animales de carga y trabajo una vez domesticados. Reacción del Padre de Las Casas y algunos misioneros frente a esta hipótesis que favorecía intereses económicos de hispanos que sólo pensaban en enriquecerse. Salvador Canals Frau da cuenta de la forma en que los hispanos interpretan la nueva realidad. Señala que dos tesis aparecen desde un principio: para unos, todos los hombres son hijos de Dios; otros, racistas, sostienen que los indios carecían de raciocinio y que apenas si se diferenciaban de los animales.

*“Estas discusiones venían planteadas en forma teórica desde la clásica Antigüedad. Eximios pensadores griegos, como Platón y Aristóteles, habían antes defendido la inhumana tesis de la existencia de una servidumbre natural entre los hombres. Otros pensadores no menos eminentes, como Séneca o Cicerón, admitían que era convencional toda distinción entre libres y esclavos, y estaban convencidos de que no existía una diferencia natural entre los hombres. Más adelante, al tomar auge el cristianismo, los Padres de la Iglesia aceptaron esta tesis de la libertad natural humana y se declararon en contra de la servidumbre aristotélica.”* (Canals Frau, Salvador, 1950, pp. 331-332).

El problema lo zanjó el Papa Paulo III quien, en una bula de fecha 9 de junio de 1537, declaró que los indios eran “*verdaderos hombres*” racionales y capaces de recibir la fe. Como consecuencia, los reyes hispanos prohibieron la esclavitud de los indígenas.

Nació, entonces, la necesidad de saber de quiénes descendían los americanos. Tendrían que ser descendientes de Noé, pero ¿de cuál de sus hijos?

## 4.2 CONCEPCIÓN BÍBLICA

Surgió la tendencia a hacerlos descender de algunos de los pueblos mencionados en la Biblia. Se les supuso provenientes de alguna de las tribus perdidas de Israel. Tras la conquista de los asirios, 722 a.C., las tribus establecidas al norte de Judea desaparecen; se postula que habrían emigrado, llegando a América. Arias Montano, en el siglo XVI, planteó la siguiente hipótesis: un nieto de Heber del que, según la Biblia, descendían los hebreos, habría poblado América por el Oeste y habría llegado hasta el Perú; otro descendiente de Sem se habría asentado en Brasil, lo que posibilitaba afirmar que los americanos eran una rama de los pueblos semitas. Según el mismo Arias Montano, la forma primitiva del nombre Perú habría sido Ophir, la legendaria ciudad adonde la flota del rey Salomón iba en busca de oro.

En 1974, Eduardo de Habich edita un interesante opúsculo, *Los libros de la Biblia peruana*, basado en antiguos manuscritos prepizarrinos, que le permiten afirmar que “*el año cristiano de 1974 es para nuestra historia, y para nosotros el año peruano de 6674*” (Habich, Eduardo, 1974, p. 5). Según datos bibliográficos que proporciona el editor, anteriormente había aparecido la *Historia antigua de los reyes peruanos*, libro escrito en el siglo XVI, por Blas Valera, peruano mestizo de cachapoya blanca con español, cuya obra fue plagiada por el párroco español Fernando Montesinos, en 1644, bajo el título *Ophir de España. Memorias Historiales y Políticas del Perú*. El español Marcos Jiménez de la Espada la tradujo al castellano actual y la editó con el nombre de *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*, atribuyéndole la autoría al Licenciado Fernando Montesinos. La primera edición peruana de 1930, realizada por Horacio Urteaga en colaboración con el historiador Carlos Romero, que apareció con el mismo título anterior, fue retirada de circulación y quemada.

*La Biblia peruana. El Libro de los Ayar* es el nombre que le pone el peruano nativo Eduardo de Habich en 1974 (Ibidem, p. 9). Según esta Biblia peruana, Ophir, nieto de Noé, habría poblado América 340 años después del Diluvio, organizando los ayillos y familias:

*“A los seiscientos años después del Diluvio, se llenaron todas estas provincias de moradores, muchos vinieron por la vía de Chile. El Patriarca Noé (...) movido de la urgente necesidad y del precepto divino que tenían los hombres de Dios para henchir el mundo, mandó a sus hijos y nietos, que, con sus familias, fuesen a buscar tierras que poblar; y no falta quien diga que el mismo Patriarca Noé fue a mostrar y repartir las tierras y que dio vuelta todo el mundo. Y así esta vez salieron de Armenia los primeros pobladores, y otros muchos en otras ocasiones, unos partiendo por el derrotero dicho, y otros por mar, como dicen Cedreno y Philón en sus antigüedades, según lo cual no será dificultoso creer que Noé estuviera en el Perú.”* (Ibidem, p. 14).

Se recogen tradiciones prehispanas de acuerdo con las cuales los incas descenderían de cuatro hermanos, Ayar Manco Tupac, Ayar Cachi Tupac, Ayar Uca Tupac, Ayar Uchu Tupac; y de cuatro hermanas, Mama Coia, Hipa Huacum, Mama Huacum y Pilco Huacum. En el *Popol Vuh* son también cuatro hombres con sus respectivas parejas los que pueblan el mundo.

Del mismo modo, se cuentan cambios telúricos en relación con los del sol. De forma similar a lo que narran mayas y aztecas se habla de un tercer sol que corresponde "a la segunda edad del mundo": "vivían los de este reino muy olvidados de buenas costumbres y dados a todo género de vicios. Por esta causa, dicen los antiguos amautas, y lo aprendieron de sus mayores y lo tienen en memoria por sus quipos para eterna memoria, que el sol se cansó de caminar y ocultó a los vivientes, por su castigo, su luz, y no amaneció en más de veinte horas. Los indios dieron gritos llamando a su padre sol; hicieron grandes sacrificios para aplacarlo, ofreciendo muchos corderos y doncellas y mozos y cuando salió la luz al cabo de las horas dichas, le dieron muchas gracias por los beneficios recibidos." (Ibidem, p. 41). Similar historia encontramos en el mito mapuche de la creación, en el que también el sol se oculta y ya no alumbra el hacer humano (Spèrata de Saunière, *Cuentos populares araucanos y chilenos*, 1975).

Los libros de *Chilam Balam*, el *Popol Vuh* y el *Códice Chimalpopoca* hablan de creaciones sucesivas que implicaron cambios telúricos: "El primer Sol, el Atonatiuh, fue la Época del Agua. El dibujo representa la primera catástrofe de la humanidad: el género humano fue destruido por un diluvio que inundó la Tierra."

"El Echeatonatiuh es el Sol o Edad del Viento. Baja de la región aérea el dios Quetzalcoatl, con su cola de serpiente (coatl) recubierta de plumas de quetzal." El cataclismo "fue la más trágica obra de las tempestades y ciclones". La leyenda azteca supone que los hombres "fueron trocados en monos, al modo que los hombres aniquilados en el diluvio fueron mudados en michi, esto es, en peces".

"Tletonatiuh es el Sol o Edad del Fuego, conocido también por el nombre de Tlequiahuilt o lluvia de fuego. Se ve bajar del cielo al dios del fuego", "anima su rostro una expresión terrible y amenazadora."

"El cuarto Sol o Edad de la Humanidad: el Tlaltonatiuh o Sol de la Tierra, en él todos los emblemas recuerdan la abundancia y prosperidad." "Xochiquetzalli, la diosa de la alegría, identificada con Centeotl, la Ceres de los náhoas y diosa de las sementeras, desciende de las alturas trayendo en las manos una guirnalda de follaje y de rosas, rematada por ambos extremos en dos pomposas flores." (Izquierdo Gallo, Mariano, 1956, pp. 121-123).

También se ha propuesto un origen fenicio o cartaginés. Esta última atribución se basa tanto en la similitud de las pictografías aztecas y cartagineses, como en sus grandes y suntuosos edificios.

Para la escuela Heliolítica de Manchester, dada la similitud de las edificaciones, los primeros pobladores habrían sido egipcios (Latcham, Ricardo, 1936, p. 8). Esta tesis aparece avalada por el Dr. Barry Fell, profesor investigador de la Universidad de Harvard, quien afirma "que América fue descubierta por una expedición de barcos egipcios, que tocaron tierra el año 231 a.C. La fuerza de su teoría la encuentra en una inscripción hallada en una cueva denominada Casa pintada en los contrafuertes cordilleranos del cajón del río Tinguiririca, en la zona central de Chile." (Conycit, 1975, *La Semana Científica y Tecnológica* N° 131).

La inscripción está escrita en estilo bústrofedón. *“Las seis líneas de escritura, debidamente traducidas expresan: ‘Límite Sur de la costa alcanzada por Mawi. Esta región es el límite sur de la tierra montañosa que el comandante reclama, mediante proclamación escrita en esta tierra triunfante. A este límite sur llegó la flotilla de barcos. El navegante reclama esta tierra para el rey de Egipto, para su reina y para su noble hijo. Comprendiendo un curso de cuatro mil millas’”* Agosto 5 del año 16 del Rey. Según el Profesor Fell, el Rey de Egipto, en la fecha del descubrimiento, era Ptolomeo III, ascendido al trono el 246 a.C.; la soberana, Berenice II, de Libia; y el *hijo noble*, el futuro Ptolomeo IV. El año corresponde al 231 ó 230 a.C.

Al parecer *“barcos polinésicos, libios, bajo el mando de Rata y Mawi, entraron en el Pacífico por el Océano Índico en noviembre del año 232 a.C. y que sus intenciones evidentes eran tratar de circunnavegar el mundo.”* Tales teorías estaban basadas en el reciente desciframiento de inscripciones en las cavernas de West Irian. Según dichos estudios, el viaje proyectado fue planeado por el geógrafo Eratóstenes, quien acababa de calcular la circunferencia de la Tierra.

Otra investigación interesante es la del profesor Bernardo Graiver quien ha reunido una colección de inscripciones realizadas en los alfabetos fenicio de Biblos y hebreo arcaico, encontradas en Santiago del Estero, en Argentina, que demostrarían que, en esa región, hace más de dos mil años habrían vivido hombres que hablaban y escribían en lengua fenicia (Vignati, A. y Faber, A., s/f, pp. 157-161).

### 4.3 LA ETNOLOGÍA: CUATRO POBLAMIENTOS

Si bien la etnografía no ha disipado las dudas e interrogantes, nos entrega propuestas e hipótesis basadas en hallazgos arqueológicos.

Es necesario estudiar *“la estructura cultural de América como un todo. Esta estructura es marcadamente simétrica y puede compararse con una pirámide escalonada de enormes dimensiones. El ancho basamento, que en el norte llega hasta el Ártico y en el sur hasta Tierra del Fuego, está formado por una capa de pueblos de la fase económica de mera apropiación: recolectores, cazadores y pescadores. Sobre este zócalo se levanta como segunda grada, la capa de los cultivadores inferiores que queda limitada en el norte y en el sur por dos líneas que corren más o menos desde Quebec hasta Los Ángeles y desde Paraná hasta Puerto Montt respectivamente; sobre esta segunda grada se levanta finalmente como la más elevada la alta cultura que queda confinada, en lo esencial, a la región de la cordillera, entre los trópicos.*

*Cada una de estas tres capas se caracteriza no solamente por su estructura económica, sino también por otros fenómenos culturales que originalmente se encontraban sólo dentro de una u otra de ellas sin tener, sin embargo ni la misma edad ni la misma difusión; de modo que no podrá contarse con un origen uniforme para ninguna de las tres.”* (Krickerg, 1974, pp. 23-24)

Estos tres niveles que se superponen provienen de distintos y sucesivos poblamientos. Salvador Canals Frau (1950, pp. 489 ss.) propone considerar por lo menos cuatro grandes corrientes de población en América:

- a) La *primera corriente* de población llegó al continente en una época anterior al mesolítico. Eran dolicoideos primitivos de cultura inferior, con caracteres mongoloides y tenían cierto parecido con los australianos, por lo que se les llama australoides. Habrían penetrado por el norte, por la Behringia o por las islas aleutianas. Posiblemente, estos primeros inmigrantes avanzaron por América en un proceso natural, de carácter ecológico, persiguiendo a las grandes bestias del pleistoceno que habían emigrado antes.
- b) El *segundo grupo* lo constituyen inmigrantes del tipo esquimal y los patagónicos. Se ubica en el período del mesolítico siberiano.
- c) La *tercera corriente* de población corresponde al neolítico. La estructura craneal es, ahora, braquicéfala de origen mongoloide. Con ellos empiezan culturas sedentarias con ciertas técnicas de tejido, cerámica y cultivo del suelo. De Indonesia, trajeron el cocotero y lo adaptaron en la isla de Cocos de la bahía de Panamá y en Colima, al sur de México. Cultura matriarcal, basada en el cultivo de la tierra: la mujer se convierte en propietaria de la tierra, de la parte cultivada por ella. Trabaja y cuida la plantación, lo que le permite variar la alimentación de los suyos. Dentro de las normas de la vida sedentaria, la mujer debe permanecer en casa, mientras el hombre participa en expediciones de caza, pesca o guerra. La tierra que produce los frutos es considerada como una diosa.
- d) La *cuarta corriente* llega por vía marítima desde Polinesia. Intervienen al menos dos pueblos en la formación de estos polinésicos. Un pueblo protomalayo, similar al del tercer poblamiento, y un grupo étnico que, al parecer, procedía de India y que era de raza blanca. Antiguas tradiciones maoríes afirman que sus antepasados venían de Irihia, en el oeste, un país cálido donde se cultivaba el arroz y cuyos primitivos habitantes eran de pelo crespo y de piel oscura. Por problemas en su tierra se embarcaron para buscar un mejor destino. El nombre sánscrito de India es Vrihia, fácilmente relacionable con Irihia. Es posible, entonces, que esos antepasados procedieran de India, donde en el noroeste, existía una cultura de raza blanca que civilizó el valle del Indo y que hacia el 2.000 a.C. se extendió en la fértil media luna comprendida entre el Nilo y el Indo. Posiblemente, fue destruida por la invasión de los arios y en su huida habrían llegado a Polinesia. (Canals Frau, Salvador, 1950, pp. 489 ss).

A esta cuarta invasión, pertenecen las poblaciones que desarrollan las altas culturas americanas. Los centrálicos o raza centroamericana o *ístmidos* crearon las civilizaciones de Colombia, Centroamérica y México. Los ándidos, que se adaptan a la vida de montaña, habitaron la zona cordillerana de Los Andes desde el sur de Colombia hasta el Golfo de Ancud. A ellos, pertenecían los araucanos, los diaguitas, los calchaquíes, los atacameños, los aymaras, los quichuas, los mochicas, los chibchas, etc. Se caracterizan por utilizar construcciones megalíticas ceremoniales y estatuas líticas de grandes proporciones. Estas ruinas megalíticas están relacionadas entre sí y con las de Centroamérica y México. Estas culturas se forjaron en los primeros quinientos años de nuestra era.

La historia europeizante ha ignorado los sucesivos *descubrimientos* del continente y ha llamado *descubrimiento* al hecho de haber tomado conciencia los europeos de la existencia de un continente al que habían llegado a través de los siglos diferentes pueblos por Berhingia o por el mar.

#### 4.4 ESPAÑA, EL QUINTO DESCUBRIMIENTO

El conquistador español con su espada subyuga el espacio geográfico, pero, por un acto de justicia, reclama para sí la fama y, al hacerlo con su pluma, crea un espacio en el tiempo. Dice Bernal Díaz del Castillo: “y porque haya fama memorable de nuestras conquistas, pues hay historias de hechos hazañosos que ha habido en el mundo, justa cosa es que estas nuestras tan ilustres se pongan entre las muy nombradas que han acaecido. Pues a tan excesivos riesgos de muerte y heridas, y mil cuentos de miserias, pusimos y aventuramos nuestras vidas, así por la mar descubriendo tierras que jamás se había tenido noticias de ellas, y de día y de noche, batallando con multitud de belicosos guerreros; y tan apartados de Castilla, sin tener socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran misericordia de Dios Nuestro Señor, que es el socorro verdadero que ganásemos la Nueva España y la muy nombrada y gran ciudad de Tenuztitlán México, que así se nombra.” (Díaz del Castillo, Bernal, 1970, p. 1).

En el decir del cronista se da cuenta de que sólo “la gran misericordia” del Señor “es el socorro verdadero” y, tal vez, esa vivencia será lo que se encuentra allende el mar, porque aunque el hispano quiere descubrir, dominar y contar una Nueva España, la realidad es muy otra, pero no hay sensibilidad ni palabra para la realidad conquistada: es encubierta por el decir.

A raíz de este viaje, conmemoramos una fecha histórica: el 12 de octubre; pero, en realidad, podemos preguntarnos: ¿qué celebramos o, mejor dicho, conmemoramos ese día?: ¿un matrimonio de dos culturas: una masculina, solar, activa, guerrera, conquistadora, que implanta la cruz de Cristo, y una femenina, lunar, pasiva, cíclica, telúrica, que venera a la Pachamama? o ¿rememoramos el bautizo de un continente? ¿Quién tomó conciencia de que empezaba una nueva realidad que ya no es hispana ni aborígen, sino propiamente americana? Este otro mito también gravita en el motivo del viaje y del descubrimiento: el del hombre enfrentado a una nueva tarea, a una nueva misión. ¿Tendría conciencia de ella Cristóbal Colón?

La palabra nos fue prestada junto con el mito y con el rito. Debemos redescubrirla y para que ella nos devele nuestra autenticidad, es necesario releer nuestros mitos y no seguir considerándolos, simplemente, *nuestra historia*. Estamos llamados a tomar conciencia de nuestra autenticidad americana y de construirla, liberándola de ritos y mitos.

En el terreno de la leyenda lo interesante es que también en la tierra recién descubierta existe el mito de Quetzacoatl para los aztecas y el de Wiracocha para los incas (Zea, Leopoldo, 1991, p. 183). Era el maestro tutelar que, una vez cumplida su misión culturizadora, partió hacia Occidente, prometiendo –como lo hiciera Jesús a sus discípulos– retornar

más adelante. Este mito marcó el momento del encuentro. Probablemente, los que recibieron a los españoles no pudieron menos de preguntarse si no serían los añorados dioses que retornaban y como a tales no se les repelió con la energía y fuerza que era de esperar. Se produce, por lo tanto, el encuentro-desencuentro desde perspectivas míticas. Señala Todorov: *“Los indios físicamente desnudos, también son para los ojos de Colón, seres despojados de toda propiedad cultural: se caracterizan en cierta forma, por la ausencia de costumbres, ritos, religión”* (Todorov, Tzvetan, 1987, p. 44). La aludida desnudez tiene cierta lógica, puesto que, para un hombre como Colón, los seres humanos se visten después de su expulsión del paraíso, expulsión que, a su vez, es el origen de la identidad cultural.

En tanto que el hispano trata racionalmente de dominar al indígena, éste proyecta su visión mítica al conquistador. En los *Títulos de la Casa Ixquin, Nehaib, Señora del Territorio de Otzoyá*, redactado según parece a mediados del siglo XVI, se narra el combate entre el príncipe Tecum Umán y el capitán Alvarado al que los indígenas denominaron Tonatiuh, el Sol: *“Y luego el capitán Tecum alzó el vuelo, que venía hecho águila, lleno de plumas que nacían de sí mismo, no eran postizas. Traía alas que también nacían de su cuerpo y traía tres coronas puestas, una era de oro, otra de perlas y otra de diamantes y esmeraldas. El cual capitán Tecum venía de intento a matar al Tonadiú que venía a caballo y le quitó la cabeza al caballo con una lanza. No era la lanza de hierro sino de espejuelos y por encanto hizo esto este capitán (...)*

*A medianoche fueron los indios y el capitán hecho águila de los indios llegó a querer matar al Adelantado Tunadiú, y no pudo matarlo porque lo defendía una niña muy blanca; ellos harto querían entrar, y así que veían a esta niña luego caían en tierra y no se podían levantar del suelo, y luego venían muchos pájaros sin pies, y estos pájaros tenían rodeada a esta niña. Y querían los indios matar a la niña y estos pájaros sin pies la defendían y les quitaban la vista.*

*Estos indios que nunca pudieron matar al Tunadiú ni a la niña, se volvieron y tornaron a enviar a otro indio capitán hecho rayo llamado Ixquin Ahpalotz Utzakibalhá, llamado Nehaib y este Nehaib fue a donde estaban los españoles hecho rayo a querer matar al Adelantado. Y así que llegó, vido estar una paloma muy blanca encima de todos los españoles, que los estaba defendiendo, y que tornó a asegundar otra vez y se le apagó la vista y cayó en tierra y no podía levantarse.”* (Cit. por Miguel León Portilla, 1970, pp. 97-99).

## 5. LA HISTORIA

### 5.1 LA FECHA

¿Podríamos afirmar que la objetividad de una fecha pudiera considerarse un mito? La fecha doce de octubre (12/10) que relaciona la década (10) y el número doce, permite fácilmente descubrir la resonancia de un mito solar. En este sentido, 12/10 se convierte en

un símbolo a través del cual representamos, una vez más, el mito solar, del que son resonancias medioevales Carlomagno y los 12 Pares de Francia, el rey Arturo y los 12 Caballeros de la Mesa Redonda y que no podemos dejar de relacionar, simbólicamente, con Cristo y sus 12 Apóstoles. Christophorus Columbus encarna en su nombre el de Cristo y trae su palabra a la nueva tierra. Según lo dicho, no es casual la correlación cósmica entre el Sol, Jesús, Carlomagno, el rey Arturo, representados en la cifra diez, la unidad de la decena; en tanto que el número 12, que corresponde al orden cósmico, nos recuerda los 12 signos zodiacales correlativos a cada mes, los 12 Apóstoles, los 12 Pares de Francia, los 12 Caballeros de la Mesa Redonda.

El mes de octubre es el décimo mes. En simbología numérica manifiesta la unidad de la decena, la famosa década de Pitágoras. Está relacionado con el 4 en la Tetractys y sus diez puntos, que simbolizan la realización espiritual:

*“En algunas doctrinas, la década simboliza la totalidad del universo, así metafísico como material, pues eleva a la unidad, todas las cosas. El diez fue llamado número de la perfección desde el Antiguo Oriente, a través de la escuela pitagórica, hasta San Jerónimo.”* (Cirlot, Juan Eduardo, 1982, pp. 330-331) Con razón Lacuria dice que el número 10 resume la obra exterior de Dios, de la que Jesucristo representa la cima. (Cit. por Lopus, 1982, p. 48) Indudablemente es la unidad expresada en un nuevo nivel que corresponde a lo humano. Equivale a la letra hebrea *Iod* que simboliza el dedo indicando al hombre, en el gesto del *Yo soy*. Incluso, corroborando esto, cuando leo 10, puedo leer IO: *Yo*, es decir, el *Hombre*.

## 5.2 EL NOMBRE

12 de octubre bien podría ser la fecha para un cambio de mentalidad o de nivel de conciencia. “¡Tierra!”, grita Alonso de Triana. Desembarcan. Es una isla con todo el simbolismo que implica una tierra que emerge del mar, pero que no es un continente ni mucho menos el lugar buscado. Por ello, los que llegaron a la isla no se sentían descubridores de un nuevo mundo. Pensaban que habrían encontrado un nuevo camino —secreto— para ir al orbe de las especias. Se preguntaban a qué lugar de Las Indias habrían llegado. Sorprendidos unos aborígenes los contemplaban, pero ellos tampoco tenían nombre para esta tierra, porque no había lengua que la comunicara ni tenían la experiencia de lo otro. Los hispanos no venían con el ánimo de descubrir, sino de abrir una ruta comercial secreta y más ventajosa. Desde el punto de vista estrictamente histórico, el 12 de octubre nada ocurrió que pudiera reconocerse como el descubrimiento de América, puesto que Colón y sus navegantes no tuvieron conciencia de haber descubierto algo ni de haber llegado a un nuevo continente, sino a la costa occidental de las Indias, menos podían bautizar a lo que ya tenía nombre y como Indias se le denominó.

El gobierno de Castilla aceptó la tesis y designó al territorio recién conocido, Indias Occidentales. El descubrimiento material, geográfico, físico, no fue asumido por la mentalidad europea, sino mucho después, cuando Américo Vespucio tomó conciencia de que se trataba de un nuevo continente y no de Asia. Propuso, en consecuencia, llamar Nuevo Mundo a la tierra descubierta por Colón.

Una vez más nos preguntamos: ¿qué conmemoramos el 12 de octubre? Cuestión de nombres, mundos inventados. Recordamos un desembarco y un encuentro que cambiaron, aunque los protagonistas no lo sabían, la faz del mundo. Tal vez, esa fecha sea la más significativa en la historia de la humanidad, porque celebramos el misterio de un nombre.

Hablamos del descubrimiento de América, pero, explícitamente, no hay conciencia de hallazgo ni de encuentro ni en Colón ni en sus hombres. Mal se puede descubrir lo que se ignora. Llegan a una tierra innominada. América aún no existía en cuanto nombre, sólo a partir de 1507 un grupo de clérigos del ducado de Lorena, abocados al estudio de la cosmografía, reconocen el otro descubrimiento, el mental, y le dan al nuevo orbe el nombre del primero que tomó conciencia de la diferencia y el continente empieza a ser América. Pensamiento y palabra son los pilares del *descubrimiento* de Vesputio. Ya se marca el signo de la nueva cultura. La palabra que encubre la realidad conmueve más que la realidad misma. Precisamente, el entusiasmo de los cartógrafos de Lorena, los indujo a creer que Vesputio había sido el descubridor, error que los llevó a designar América al Nuevo Mundo, “*como si se dijera tierra de Américo*” (Cit. por Bonifacio del Carril, 1992, p. 13). De este modo, con total buena fe, se hacen encubridores y le dan un nuevo origen a la leyenda. Posteriormente, se aclaró la equivocación, incluso se enfatizó la verdad histórica a partir de 1516, pero al margen de ésta, los principales cartógrafos europeos continuaron llamando América al continente descubierto por Colón.

Observemos: nos descubre un italiano, un presunto genovés de simbólico nombre: Christophorus Columbus, “*paloma portadora de Cristo*”, nos bautizan los clérigos de Lorena con el nombre de otro italiano: Américo Vesputio; y, en sucesivas oleadas nos colonizan españoles, portugueses, franceses, holandeses, ingleses, alemanes, italianos. El camino a las Indias Occidentales que buscaba Castilla le es ganado por Portugal (Lucena Salmonal, Manuel, 1982, p. 12); y, sistemáticamente, los barcos españoles serán asaltados por piratas ingleses, los cuales serán elevados a la categoría de *caballeros*. La empresa comercial es un fracaso; entonces Castilla la transforma en una *empresa misionera*. Tal vez era el momento para que Castilla se hubiera mirado y hubiera tomado conciencia de sí misma.

América nació en cuanto encubrimiento de un nuevo mundo. La palabra creó una nueva realidad que ya no es hispana ni aborígen, sino propiamente *americana*. Y a partir de ese momento, un continente se abre a la expansión europea y recibe desde Europa su mentalidad, su lengua junto con su nombre. La palabra nos ha sido prestada junto con el mito y el rito, y marcará a los que habitamos en este continente: es descubrimiento-encubrimiento, simultáneo. Por lo tanto, debemos recrear la palabra para que ella, auténticamente, deleve nuestra idiosincrasia.

Colón fue el descubridor inconsciente de un mundo nuevo cuando su conciencia lo impulsaba a buscar una ruta distinta hacia las Indias Occidentales. Vesputio fue la conciencia de la tierra ignota, mas no pretendió la autoría del descubrimiento. Los cartógrafos de Lorena, desde Europa, se convirtieron en los descubridores intelectuales del nuevo continente al inventarle o crearle un nombre que lo encubrió. Posteriormente, el resto del mundo *civilizado* reafirmó la leyenda y proyectó con el nombre de América, una realidad fabulada.

## 6. LA INVENCIÓN

La pregunta reiterada nos asalta nuevamente: ¿en el histórico día del 12 de octubre, América celebra el día de la hispanidad?, ¿el día de la raza? o ¿es otro mito? En realidad, esta fecha marca el comienzo de la expansión y poblamiento de Europa hacia este continente que los clérigos de Lorena bautizaron como América.

Podemos decir que América, de un modo u otro, fue inventada por la imaginación de Europa y los nacidos en América, asumimos y mantuvimos la leyenda. Más que descubierta, fue encubierta por Europa y cómplices del ocultamiento hemos sido nosotros, los americanos. La historia del descubrimiento pareciera ser, entonces, la historia de un nombre y de un bautizo, juntamente con la llegada de un nuevo contingente poblacional al continente.

*Descubrimiento, encubrimiento, invención y palabra* coincidieron en América desde un primer momento, no sólo por la modalidad imaginativa en que se forjó la geografía y la historia; también por el modo en que se intentó leer y descifrar el nuevo mundo natural; y, además, porque se empezó a generar una realidad diferente que surgía más acorde con la mentalidad del europeo del siglo XVI en su encuentro-desencuentro con la tierra y los hombres de esta parte del mundo, que con la mentalidad del americano. Podemos pensar si América existía o no antes de la llegada de los españoles. Lo que Colón y sus navegantes hallaron fue el ámbito humano y el espacio natural. Lo que se inició a partir del *descubrimiento* fue el *encubrimiento* que llamamos *cultura americana*, la que no existía con antelación a la llegada ni sólo es transplante europeo. Constituyó un hecho nuevo, un fenómeno histórico, complejo, dinámico, en permanente crecimiento, que se originó a partir del encuentro, en un espacio común, de dos situaciones humanas y culturales, diversas y divergentes, que debían crear una nueva historia: la de América mestiza.

Un breve poema otomí dice:

*“El río pasa, pasa,  
y nunca cesa.  
El viento pasa, pasa  
y nunca cesa.  
La vida pasa:  
nunca regresa.”*

El hombre, ser de tiempo, eterniza el instante, haciéndolo palabra. De este modo, le corresponde hacer vivir, habitar, a través del lenguaje, el universo –río, viento– que está en el movimiento permanente, en el cambio perpetuo. Y, precisamente, el hombre con la vida que pasa, mas no regresa, sino cesa, prematuramente, en la hosca y brusca muerte, debe darle un sentido a ese mundo natural, volverlo a generar mediante la palabra, expresarlo y comunicarlo, crear un cosmos, detener el movimiento y hacerlo espacio: el espacio de la conciencia humana que se refleja en el ámbito de la cultura que forja el hombre, que es la creación humana por excelencia. No obstante, según podemos apreciar, más que descubridora, muchas veces, la palabra es encubridora.

## 6.1 LA LENGUA

Nos parece básico para la comprensión de nuestra identidad cultural revisar lo que ha significado la lengua en algunas etapas de nuestra historia.

La función de la palabra en la Conquista y en la Colonia está caracterizada por Nebrija en la "Introducción" a su *Gramática* cuando dice que la lengua es la compañera del imperio. Por lo tanto, deducimos si lo fue para Roma, lo será para América. El conquistador no sólo se apodera del territorio físico, debe seducir con la palabra la mente del conquistado. Lo que acaeció en el Viejo Mundo, sucederá en América. En el auge de su cultura, Roma Augusta somete a Europa por las armas y la lengua y, así, sujeta la tierra y la mente. De acuerdo con las normas de Carlos V, la tierra en que se construiría la nueva ciudad debía ser demarcada, dividida –a cordel– en diversos sectores. La mente se *urbaniza* con la gramática de la lengua impuesta a los naturales. Con ello, se les desarraiga de su tierra y de su cultura. En el Nuevo Mundo, los indígenas tienen palabra, pero les falta unidad. A través de los siglos, llega la dolorida voz indígena; no obstante, sin lengua no podemos entender la lengua. Esto lo intuyen los españoles y junto a Hernán Cortés, aparece la Malinche, la intérprete de la lengua del conquistador, el medio para penetrar en este orbe desconocido. Si en España una mujer –la Cava Florinda– causa la invasión musulmana; en América, otra mujer facilita la penetración hispana.

Es evidente que para el europeo, América representó un grave riesgo, la lengua importada era extraña a la tierra y no podía traducir la realidad desmesurada del entorno. Era un lenguaje creado por el hombre para traducir una realidad distinta, la del Viejo Mundo; mejor aún, el mundo elaborado en la poesía griega, adaptado al paisaje español. Tal es el caso de Garcilaso de la Vega quien no puede contemplar en su propia mismidad, la realidad del Tajo –su paisaje natal– sino que superpone sus lecturas clásicas e idiomáticamente configura un paisaje idílico que nunca ha existido. Si Garcilaso, nacido en Toledo, no dice su entorno propio, ¿cómo podemos esperar que Alonso de Ercilla y Zúñiga tradujera la realidad del Sur de Chile?

Lo queramos o no, junto con su aparato social y administrativo, Europa nos impuso su juego verbal, juego que aprendimos, *"un mundo en el que todo era verbo, verbo amplificado, multiplicado, comunicado sin cesar para dejar de comunicar, cargado de todos los sentidos menos del sentido mismo (...) Todo se convertía en palabras pero la palabra no estaba en ninguna parte"* (Fuentes, Carlos, 1959, p. 89). La palabra encubre las verdaderas razones que motivaron al hispano a participar en la empresa conquistadora. Y no es de extrañar, porque el *descubrimiento de la nueva tierra* significó múltiples interrogantes a la mentalidad europea, entre ellas, por ejemplo, el aspecto económico y el religioso que entraron en pugna.

La motivación para financiar el viaje de Colón fue de orden económico: buscar un nuevo camino hacia Las Indias. No se logró. *"Las tierras americanas ofrecían al principio muy pocos alicientes económicos: algo de oro, perlas y algunas maderas tintóreas. Nada en definitiva capaz de compensar los cuantiosos gastos del envío de naves con avituallamientos y tripulaciones. Los Reyes Católicos, especialmente la Reina Isabel, hallaron compensación con la evangelización de los indios paganos, pero era una empresa demasiado*

costosa para soportarla sin un apoyo económico. La tarea exigía todo un dispositivo de gran envergadura, para garantizar la vida y la labor de los misioneros. Se pensó en una colonización, para lo que previamente era necesario una acción de conquista, con objeto de someter a los naturales." (Lucena Salmorel, Manuel, 1982, p. 13, t. I). Para conseguir tal fin, pareció apropiado negarles la humanidad: ¿podrían ser los naturales hombres creados por Dios?, ¿por qué en la Biblia no se los menciona? Si no son hombres, se les puede expoliar y eliminar.

*"La conquista resulta un fenómeno inexplicable sin una causación plural y compleja, que movió a los hombres: ambición, espíritu de cruzados, honor y fama, deseo de aventuras, servicio al rey, etc. Su dinamismo radicó en buena parte en su carácter particular. La hueste conquistadora era una empresa privada y limitada. Cada soldado se inscribía voluntariamente, poniendo su caballo, su arcabuz o simplemente su espada, a modo de acción. Esto le daba opción a una parte del botín que se lograra. Su ideal, no obstante, no radicaba en el botín, sino en obtener un territorio donde establecerse como colono. En América, volvió a repetirse la imagen de la Reconquista española, en la que los territorios recuperados a los árabes, pasaban a poder de la corona, que podía, a su vez, distribuirlos entre los conquistadores, pero dejando siempre a los vencidos en sus propiedades si aceptaban la denominación cristiana. La presión producida por la llegada de nuevos colonos, la añoranza de la milicia, el hastío por la rutinaria vida de la colonia o el deseo de aventuras, movía a los conquistadores ya asentados a invertir sus recursos en busca de nuevas empresas, lo que explica asimismo la dinámica conquistadora, que operó hasta el dominio total del nuevo continente."* (Ibídem, p. 13)

Fue así como Europa inscribió a América en su suelo por las armas y en sus mentes por la lengua. Los indígenas con sus lenguas heterogéneas y diversas, nada tienen que decir frente al avasallador encubrimiento que los sobrecega y acalla.

La heterogeneidad lingüística de América precolombina es redimida por la aparente unidad lingüística castellana que implica una historia, una cultura, una tradición enraizada en lo europeo, común a otros pueblos que, tras Castilla, emprenden la tarea de encubrir el Nuevo Mundo. Pero, no logran hacer olvidar la realidad primigenia que, aunque muda, se alza con evidencia sonora no sólo en las ruinas megalíticas, sino en la mirada de cada indígena que cierra su mente a lo innovador y conserva como recóndito tesoro su lengua, la lengua de la tierra. El contexto autóctono del Nuevo Mundo subyace bajo la aparente unidad europeizante de habla castellana, portuguesa, inglesa, francesa, holandesa, alemana.

A nosotros, por razones culturales, nos interesa el problema de América Hispana, de la que Rubén Darío dijera:

*"la América ingenua que tiene sangre indígena  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español (...)  
la América del grande Moctezuma, del Inca, (...)  
la América católica, la América española".*

(Darío, Rubén, 1961, pp. 720-721).

Esta América de Rubén Darío se ha configurado a través de un habla hispana y una literatura hispanoamericana. Si bien es cierto que la visión de la realidad americana se desdibuja en el decir hispano, no es menos cierto que la naturaleza indómita marca el decir hispano con el sello de lo bárbaro y desmesurado. La independencia política que, en un principio, fue un reconocer al monarca español en detrimento del invasor francés, también fue una invención europea que prendió en la mente de algunos criollos educados en el Viejo Mundo. Conforme a esos patrones europeos, el hispanoamericano nato empieza a buscar su estilo, pero no puede desprenderse de los velos que lo encubren y, antes de atreverse a mirar la realidad, proyecta al entorno natural la visión europea aprendida y trata de recrear los modelos conocidos. Construye, por tanto, ciudades según el patrón hispano, es decir, cultiva el suelo como lo había hecho en el Viejo Mundo: un jardín, una alameda, un ornato de plaza, educa la mente con una lengua romance y la expresa en un estilo barroco; así, paulatinamente, la palabra y la cultura se hacen mito.

A la independencia política externa tiene que suceder la emancipación intelectual que aún estamos buscando, y, para ello, el hombre de estas tierras debe integrarse, antes que nada, armónicamente, a su espacio natural.

¿Cómo liberarse de los velos que lo encubren? Revelándose a través de nuevos mitos, cubriéndose con nuevos velos. Algunos de ellos claramente europeos, otros de raíz indígena.

## 6.2 LOS MITOS

En América, la palabra, la historia, la cultura, se convierten en mitos, única manera en que el sujeto puede insertarse en su espacio propio. Es así como la concepción de este continente ha generado necesariamente mitos en torno a la creación, al hombre, a la naturaleza y a la cultura, narraciones que desdibujan una realidad objetiva. Por ello, de un modo natural, al evolucionar en América una literatura, generó los siguientes relatos fundamentales, a través de los cuales buscó el hombre su salvación:

- el del descubrimiento e invención de un espacio
- el del lugar edénico
- el de la tierra-madre
- el de la naturaleza bárbara
- el del buen salvaje
- el de la ciudad mítica
- el del Dorado
- el de la ciudad prometeica y civilizada
- el del progreso
- el de la palabra creadora.

Estas instancias se nutren no sólo de la raíz hispana y del sustrato aborígen, sino que a ellas convergen, a través de distintas épocas, utópicas influencias universales, clásicas, judías, orientales, etc. Y así se genera una cultura indohispanoamericana.

No podemos asumir un análisis exhaustivo de los mitos generados en América, pero, junto con los señalados en torno a su descubrimiento, queremos referirnos brevemente a los creados posteriormente, varios de los cuales funden la religiosidad telúrica del indígena con la cosmovisión cristiano-europea; otros, simplemente encarnan ideas o creencias que se proyectan a partir del concepto de modernidad, en cuanto visión progresista, lineal, pragmática y racionalista del hombre social.

### 6.2.1 EL MITO DEL LUGAR EDÉNICO

El conquistador en sus Cartas y Crónicas se ve obligado a re-crear lingüísticamente un *mítico lugar edénico* que atraiga a otros conquistadores y colonizadores para que se aventuren o se avecinden en estas nuevas tierras.

Observemos cómo en 1572, el capitán Alonso de Góngora Marmolejo (1522-1576), andaluz nacido en la ciudad de Carmona, describe así, o mejor desdibuja así, en su *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*, nuestro paisaje: “*Es el reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina de espada, angosta y larga. Tiene por una parte la mar del Sur, y por la otra la Cordillera Nevada, que lo va prolongando todo él, (...) la Cordillera está nevada todo el año, y es tan brava a la apariencia de la vista como lo es la que pasa y divide a Italia de la Francia y a Alemania de la Italia, y hay por ella valles que se pasan a sus tiempos de la otra parte, y así la andan los naturales en sus contracciones, y españoles la han pasado algunas veces para tomar plática (práctica) de la tierra. (...) Tiene muchos ríos, que corren desde la Cordillera Nevada a entrar en la mar del Sur, de mucha agua, aunque no se halla oro, mas hállase en otros ríos menores, en donde se saca. Son las mejores aguas que se cree haber en el mundo y más sanas, y es la tierra de tan buenos aires y tan sanos que no se ha visto enfermar nadie por ellos. En unas partes llueve mucho los inviernos y en otras poco, conforme a los grados en que está la tal tierra.*” (Góngora Marmolejo, Alonso de, s/f., pp. 24-26).

Hemos dicho desdibujar pues, aunque aparentemente la descripción podría corresponder a nuestra realidad geográfica, no es menos cierto que obedece a un patrón retórico clásico: exaltación y alabanza de la tierra, para atraer a posibles colonos. Observemos que habla de “*Cordillera Nevada*”, comparándola con la propia experiencia europea (Sierra Nevada) y no se atiende a las diferencias propias de la tierra conquistada. Actitud similar a la mostrada por don Alonso de Ercilla y Zúñiga en *La Araucana*. “*La denominación Cordillera de los Andes es bastante tardía*” (Ibíd., p. 24) y sólo se aplicaba a la parte norte de Chile y Perú. En la descripción de Góngora Marmolejo se revela también la fiebre por el oro, motivo de búsqueda siempre presente en las *Crónicas y Relaciones*.

Según vemos, la palabra no refleja la realidad telúrica. Es espejo en el que refulge la cultura y pensamiento europeos. No es muy diferente el decir de escritores nacidos ya en Hispanoamérica. En Chile, concretamente, se da como verdadero lugar común, en simbiosis reiterada: Arauco y la Guerra. Esta última aparece como el medio necesario para dominar –pacificar– la tierra y los hombres. Recordemos a Pedro de Oña y a Francisco de Pineda y Bascuñán, respectivamente, originarios de Angol y Chillán. La influencia de Ercilla, en estos autores, no se puede negar e impone una visión que se acepta o se rebate, pero no hay

otra visión más real. Difiere, sin embargo, la actitud cuando un interés científico lleva al escritor a la observación y análisis de la realidad, como sucede con el Abate Molina y el Padre Alonso de Ovalle, el cual es el primero que nos habla del paisaje y de las costumbres chilenas. A la diferencia europea que se observa en usos y costumbres se agregará, posteriormente, la influencia de ideas introducidas por jóvenes criollos educados en Europa: O'Higgins, entre otros. No podemos dejar señalar que hasta un salón de estilo francés conoció Chile durante el siglo XVIII: *“sólo faltaba un remedo del Hotel Rambouillet que completara el cuadro, y a fines del siglo vémosle formarse bajo los auspicios de doña María Luisa Esterripa de Muñoz de Guzmán, mujer del gobernador de dicho apellido. La ilustre Marfisa –así la llamaban sus contertulios– había sido dama de honor en la corte borbónica española donde aprendiera el gusto por las ideas y modas francesas, y ese su don de gentes que era el encanto del pequeño cenáculo. Los pocos hombres de letras que existían a la sazón en Chile –Juan Egaña, Bernardo Vera, Manuel Salas, Ignacio Torres– prestigiaban las reuniones con su saber e inteligencia y algunas nobles damas contribuían al brillo de éstas con su belleza o su elegancia o con sus dotes musicales. La causerie giraba en torno de la última pieza dramática estrenada en Santiago o se charlaba de arte, de música, de literatura, y en ocasiones se leían alguna producciones poéticas.”* (Solar Correa, Eduardo, 1953, p. 81).

Podríamos esperar que el grito de Independencia significara una búsqueda de la autenticidad del habitante de este Nuevo Mundo. No sucede así: se cambia de patrón y ya no será el hispano, sino el francés o el inglés.

## 6.2.2 LA TIERRA MADRE. ÑUKE MAPU. PACHAMAMA

*“Antes de la peluca y la casaca  
fueron los ríos arteriales:  
fueron las cordilleras, en cuya onda raída  
el cóndor o la nieve, parecían inmóviles,  
fue la humedad y la espesura, el trueno  
sin nombre todavía las pampas planetarias.”*

(Neruda, Pablo, *Obras Completas*, 1962, p. 297).

La *tierra madre* genera una imagen a la cual se siente unido el hombre. Con belleza y poesía lo cuentan las naciones indígenas y con sabiduría lo viven. La madre tierra no puede ser dividida: *“en la mapu no existe división geográfico-política. La tierra mapuche con su cuerpo de tradiciones inherentes, es en lo sustancial, la misma, o toda una, para Chile y Argentina. Nada divide el accidente cordillerano.”* (Koessler, Bertha, 1962, p. XX).

Y es necesario estar en contacto con la madre, *“solamente quien la toca con los pies desnudos está verdaderamente unido a nuestra Ñuke Mapu, que nos da la vida desde el principio hasta el fin. ¡Buena papai es! (...) Papai es el nombre que los hijos dan a la madre y, en general, se da a las mujeres de mayor respeto, por lo común las más viejas.”* (Ibidem, p. XXII). Es el sentimiento que encontramos en la Canción del Adiós a la Vida del condenado Apo Ulmen Lonki Kurupillan, Principal Jefe, cacique, Señor grande, eminente (Ibidem, pp. 9-27).

*“Ñuke Mapu, tierra madre, te dedico mi postrera canción. ¡Con el venerable chaliundan me despido! ¡Con el ñil de mi patria te saludo! tengo que pedirte perdón: aunque mi corazón siempre te amó, (...) siempre fue sagrado para mí el terruño, a pesar del despojo. Ahora quiero compartir contigo, en expiación, oh terruño amado, buena Ñuke, que siempre perdona a los hijos, la última ofrenda (...) Ahora vamos a regalarte nuestra sangre, la mía y la de mis hermanos. Te la ofrendamos como reconciliación y lamentamos no tener más que éste, que debe refrescarte. Oh Ñuke Mapu, heredera legítima eres; en acción de gracia lo haremos, madre nuestra. Toma, bebe toda nuestra sangre.”* (Ibidem, p. 17)

Entre los indios iroqueses la más importante de las divinidades es la Tierra a la que llamaban Eithinoa que significa Nuestra Madre: *“De su hija Onatha, Espíritu del Trigo, cuentan que un día salió en busca del Rocío Refrescante”,* pero *“el espíritu del mal que estaba al acecho, la arrebató, como a otra Proserpina y la encerró debajo de tierra, en la región de las tinieblas”* y allí *“permaneció hasta que el Sol la liberó”* (Molina Téllez, Félix, cit. por Mariano Izquierdo Gallo, 1956, pp. 121-123). Mito muy similar al griego y perfectamente aplicable a los cambios de estación del ciclo solar.

Similar es el culto que en el altiplano se rinde a la Pachamama, Madre Tierra, *“Madre Poderosa que todo lo hace y lo une en una relación de vida y de espíritu que no deja intersticio por el que pueda entrar el vacío de la muerte, merced a su mecanismo ajustado y eterno. Diosa de todo lo que existe, Madre Generosa que a todo dio vida y espíritu y supo consignar el puesto de cada cosa en la Tierra”* (Ibidem, p. 91).

### 6.2.3 EL MITO DE LA NATURALEZA BÁRBARA

A la tierra madre del indígena, se opone la concepción hispana que genera el *mito de la naturaleza bárbara*.

El conquistador del siglo XVI había venido a estas tierras seducido por los posibles tesoros materiales encerrados en la naturaleza americana y no en busca de la personalidad de los hombres. Ahora bien, tras la independencia, en la segunda década del siglo XIX, se hacía necesario transformar la naturaleza enajenada en naturaleza propia. Novelas como *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, pese a su carácter documental y naturalista, muestran que el espacio es una fuerza telúrica, antagonica al hombre, animada por su propio espíritu. Este conflicto debe resolverse por sometimiento. Para apoderarse intelectualmente del paisaje, el escritor acudió a la palabra: nominó lugares, explicó características, citó nombres, enfatizó atributos, usó y abusó de las descripciones detallistas, supuestamente muy reales y verídicas, que terminaron agotando al lector —el interlocutor— en la maraña de un lenguaje confuso y opaco. Paradójicamente, en la novela citada, a través de la visión todopoderosa de la naturaleza, se manifiesta una personalidad humana sometida a un orden jerárquico, que, a su vez, sugiere nuestra falsa y feudal fundación durante la Conquista, que el hispano, históricamente, proyectó en América. La frase final de *La vorágine*: *“¡Los devoró la selva!”* (Rivera, José Eustasio, 1981, p. 240) nos manifiesta un quehacer narrativo más cercano a la geografía que a la literatura. Descubriendo su naturaleza propia como una presencia implacable, terrible y voraz de selvas, ríos, mar y montañas, el escritor no podía dedicarse a

pensar en la quietud del alma. Qué quietud podía haber mientras recorría una selva habitada por sanguijuelas, zancudos, tambochas, mosquitos, ratas, reptiles o un río atestado de caribes y de cocodrilos o un espacio natural despoblado, solitario, aislado, que lo hacía vivir la inquietud permanente por “*la proximidad del salvaje*”, “*el temor de un tigre que lo acecha*” o “*de una víbora que puede pisar*” (Sarmiento, Faustino, 1961, p. 52).

En la narrativa hispanoamericana decimonónica, la naturaleza aparece interpretada como un *laberinto* que hace prisionero al hombre, lo somete a su dominio, lo torna egoísta, lo rebaja en su dignidad y lo hace tan voraz en sus relaciones humanas según su propia voracidad natural. La naturaleza es la protagonista, no los hombres aplastados por un telurismo incomprensible y avasallador. Es una América extraña y extrañante, no una América natal. El encuentro hombre-espacio no se da y el sujeto está supeditado a un medio que no puede reconocer como propio o familiar. Surge el *mito de la naturaleza bárbara* –la barbarie– que subyuga a su irracionalidad y oscurantismo sin que la civilización pueda trascenderla. Al no entender ni aceptar su entorno, el conflicto se manifiesta en un violento rechazo a lo americano que se percibe como bárbaro y destructor. La visión de la naturaleza deshumanizada y deshumanizante era el correlato de la trama original de nuestra existencia: haber alcanzado la vida independiente “*sin verdadera identidad humana, sometidos a una naturaleza esencialmente extraña que, sin embargo, era el verdadero personaje latinoamericano*” (Fuentes, Carlos, 1969, p. 11).

Para los escritores hispanoamericanos, esta naturaleza brava e indómita es motivo de constante descubrimiento y revaloración, según lo observamos, en la literatura mundonovista, Pedro Prado, por ejemplo, y en los escritores actuales: Ciro Alegría, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, entre otros.

Se replantea el espacio en función del indígena perseguido y destruido por una civilización deshumanizada e *inhumana* o se reformula la oposición *barbarie-civilización*, invirtiéndose el tópico, al considerarse que la civilización es la bárbara, pues destruye la vida pura, natural del indígena.

Hijo de la tierra, el aborígen se siente protegido, defendido y acunado por su ámbito telúrico y, como tal, no puede asistir impávido a la destrucción de su tierra y alza su voz para defender sus bosques, sus usos y sus costumbres. Al defenderla, la canta y se canta.

#### 6.2.4 EL MITO DEL BUEN SALVAJE

Junto con la protesta social y política, surge en América el *mito del buen salvaje*. ¿Cómo vio Europa al indígena? Lope de Vega pone en boca de Lautaro la siguiente pregunta:

“*¿De qué sirve  
la vida, Caupolicán,  
¿si es sujeta, esclava y triste?  
¿No es mejor la muerte honrosa?*”.

(Lope de Vega, 1954, p. 198)

La heroica defensa de la tierra que hacen los araucanos, despierta la admiración del europeo y, así, para Lope representa el amor a la libertad:

“García: –No merecen tener dicha  
los que contra el cielo van.  
¿No eres vasallo del rey de España?  
Caupolicán: –Libre nací,  
la libertad defendí  
de mi patria y de mi ley”.

(Ibídem, p. 233).

No es sólo la influencia de Alonso Ercilla y Zúñiga la que permite esta exaltación del araucano. Américo Vespucio, en su *Mundus Novus* había dado pie para esta visión al hablar de pueblos que viven en comunidad y desprecian el oro. “*La presencia de América ha hecho surgir la utopía, ha hecho posible el viaje de Hitlodeo, compañero imaginario de Américo Vespucio*” (Imax, Eugenio, 1956, p. X).

Por su parte, Vasco de Quiroga en *Información en Derecho* (1531) había señalado que los indios son “*blandos como la cera*” y Silvio Zavala en *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España* (1937) había manifestado textualmente: “*No en vano sino con mucha causa y razón éste de acá se llama Nuevo Mundo y este Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquél de la edad primera y de oro, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación ha venido a ser de hierro y peor.*” (Ibídem, pp. XV- XVI).

En su *Utopía*, Tomás Moro recrea un mundo ideal en el que “*encontramos fortalezas, ciudades y repúblicas admirablemente gobernadas y con gran número de habitantes; que por debajo de la línea del Ecuador y a ambos de sus lados, casi en cuanto espacio abarca la órbita solar, existen enormes desiertos abrasados por un calor perpetuo*” (Ibídem, p. 10).

Pineda y Bascuñan, en su *Cautiverio Feliz*, (p. 31), había escrito “*de cómo su captor era un hombre que lo trataba con amor, con benevolencia y gran respeto*”; a la vez que daba cuenta de sus valores naturales sustentados en la tierra, la Pachamama. Similar es la visión del indígena en *Naufragios y comentarios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

### 6.2.5 LA CIUDAD MÍTICA

Frente a la necesidad de establecer su zona de seguridad, el hombre limita su espacio y ubica un afuera y un adentro, que se proyecta en una *ciudad mítica* que restaura el Paraíso Terrenal y recuerda su pérdida y la consiguiente abyección primigenia. Surge, así, con la evolución de la humanidad una configuración terrena: Troya, sucesora de las legendarias Ur y Babilonia, apetecida por los aqueos, simboliza la sabiduría y el hacer del hombre; Roma, el centro del orbe, Jerusalem y la Meca, las ciudades sagradas para los creyentes, representan la meta de la peregrinación.

También en la cultura precolombina está presente esa apetencia por una ciudad primigenia, en algún sentido, edénica, que se traduce como *fundación mítica de la ciudad* o como ciudad secreta que se construye gracias a un insondable misterio.

- a) **CUZCO.** La ciudad del Cuzco aparece fundada míticamente conforme la tradición quechua; es un centro del mundo, un Onphalos, donde se encuentra el eje del mundo, el axis mundi: *“el Dios Sol envió a dos de sus hijos para que crearan una raza nueva, uno era Manco Capac y el otro, su hermana Mama Ocllo. Recorrieron todo el territorio a lo largo de Los Andes en busca del mejor lugar para fundar una ciudad y establecer allí su linaje. El Dios Sol les dijo: ‘Caminad y continuad caminando hasta que lleguéis a una tierra fértil. Cuando el bastón de oro que yo he dado, se entierre totalmente en el suelo al ser arrojado contra él, ello significará que el suelo es fértil. Permaneced allí, construid una ciudad, iniciad una familia, haced una nación’.*

*Manco Capac procedió como se le había ordenado. En las altas montañas encontró un valle situado a una altitud de 3.300 metros. En tres de sus lados, las montañas eran altas y escarpadas. Durante muchos meses del año estaban cubiertas de nieve. En su lado sur, el valle se abría; dos riachuelos corrían a través de él y se unían, formando un solo río largo que tenía tierra fértil a ambos lados de sus orillas.”* (Víctor von Hagen, 1969, pp. 35-36). Llamaron al lugar Cuzco y allí se construyó una ciudad que fue centro de las cuatro partes del mundo, y por eso *“el Cuzco era conocido también como Tawatinsuyo, el centro de esas cuatro partes”* (Ibidem, p. 37).

- b) **TIAHUANACO.** La cultura de los incas se reconocía heredera de un centro anterior, el de *Tiahuanaco*, *“centro ceremonial construido de piedra, situado cerca del lago Titicaca. Este lago, a 3.750 metros de altura estaba rodeado por montañas coronadas por la nieve. Sin embargo, sus riberas eran fértiles y había mucha gente a su alrededor. Habían vivido allí durante mil años antes de que llegaran los incas. Tiahuanaco tenía grandes edificios de piedra que el mismo Angri había visto. Tenían grandes puertas y escaleras de piedra. Una de ellas, llamada la Puerta del Sol, fue hecha en una sola pieza de roca de 9 metros de largo”* (Id., p. 36).
- c) **COZUMEL.** Los mayas fueron hábiles constructores de ciudades: *“construyeron elevadas pirámides que se erguían por encima de los más altos árboles de la selva; una de ellas, ubicada en la gran ciudad maya de Típol, tiene cerca de setenta metros de alto”* (Víctor von Hagen, 1968, p. 8). Eran centros rituales a los que se iba en peregrinación: *“Por lo menos una vez en su vida cada maya tenía que ir a los santuarios sagrados de Cozumel, donde los sacerdotes mayas atendían a los oráculos. Porque Cozumel era el hogar de Ixchal, la diosa de la Luna, que era muy poderosa (...) era la diosa de los nacimientos. Ella cuidaba a las madres y a sus hijos”* (Ibidem, pp. 11-12).
- d) **TULUM.** A la diosa de la Luna, Ixchal, se la veneraba en *Tulum*, la ciudad amurallada: *“a pesar de su aspecto moderno, era una ciudad muy antigua. Los muros del templo siempre estaban recién pintados de azul y blanco. Los murales que tenía, que representaban a los dioses mayas en conversación, eran reparados cada año a fin de que parecieran siempre nuevos. En el centro de la ciudad se erguían varios antiguos marcadores*

*de tiempo, cada uno de ellos más alto que un hombre y grabados en un solo bloque de piedra. Uno de los marcadores tenía la figura de un capitán, con un enorme tocado de plumas; debajo de él había hileras de símbolos de escritura maya que decían:*

*'Este fue levantado en 8 Ahau 13 ceh'.*

*La fecha '8 Ahau 13 ceh' (433 D.C.) indicaba que Tulum tenía ahora más de mil años (...) Por supuesto había otras ciudades mayas más antiguas, hacia el interior del país, entre las selvas. Pero éstas eran ahora apenas ciudades sombrías, que sólo visitaban los sacerdotes. La selva había crecido sobre ellas" (Ibidem, pp. 16-17).*

**TIKAL.** De algunas de estas ciudades y de su misterio, conservado hasta nuestros días, nos da cuenta Erich von Däniken: *Tikal* parecía "una ciudad fantasmal", "colgaban grises cendales que envolvían la cima de las pirámides". "Ante nuestros pasos echaban a correr lagartos y lagartijas y en la maleza cencerreaba una serpiente de cascabel a la que logramos alejar con una pedrada. Tikal es la ciudad maya más antigua; se ha podido comprobar que existía ya en el siglo VIII a.C. Roma se fundó en el 753 antes de nuestra era. Fuera de esa fecha es imposible realizar más comparaciones con cualquier otra gran urbe anterior a los tiempos de Cristo. El parque Arqueológico Nacional de Tikal, así declarado por el gobierno de Guatemala, abarca 576 kilómetros cuadrados. Esa gigantesca superficie fue el lugar donde se levantaron ruinas que, en su mayoría están cubiertas de maleza, salvo unas pocas que han quedado libres de ella; testigos pétreos de ahora modernas construcciones. En el centro de la ciudad, zona de ruinas de unos 16 kilómetros cuadrados, se han localizado tres mil construcciones de las que se han excavado algunas. Casas-habitaciones, palacios, edificios administrativos, terrazas, plataformas, pirámides y altares, todo conectado por calles empedradas en las que están los juegos de pelota. Las fotos de radar tomadas desde aviones han dejado percibir las arterias de un sistema de canalización, obra hidráulica que se extendió por toda la Península de Yucatán. Toda esta infraestructura de conductos de agua era tan necesaria, porque Tikal no se encuentra cerca de ningún río ni lago, como los embalses de agua, trazados de acuerdo con planos gigantescos, de los que hasta ahora se han logrado localizar siete en el interior, y tres en las zonas exteriores" (Ibidem, pp. 13-17).

- f) **MANOA.** Si bien estas ciudades fueron desconocidas para los hispanos, en torno a ellas, en nuestros días, se generan nuevos mitos, similares a los que propone von Däniken. Así como hoy se elaboran nuevas posibilidades míticas, también durante el descubrimiento, los europeos proyectaron a América sus propios mitos, temores, creencias, supersticiones, esperanzas y sueños. En la imaginación del europeo, surge, desde la Edad Media, esta ciudad mítica, centro que el hombre aspira conquistar y que es réplica de la ciudad celeste, llámese Jerusalem o Roma: la legendaria *Manoa*, "la ciudad del oro, torreada y murada, con arcos, palacios y fuentes, toda de alabastro; el Reino del Dorado, donde hasta los peñascos y guijarros eran de oro puro" (Izquierdo Gallo, Mariano, 1956, p. 253).
- g) **CIUDAD DE LOS CÉSARES.** El mito de la *ciudad del oro* se recrea en la novela *La Ciudad de los Césares*, de Manuel Rojas, y aparece ubicada "en un rincón perdido de la cordillera" (Rojas, Manuel, 1981, p. 151). La ciudad institucionalizada por los españoles

se cobija en un valle abrigado de los vientos y con buenas aguas. Allí, Fray Francisco de la Rivera, comendador de Burgos y Jefe de aquel pueblo errante, fundó con el nombre de “*Ciudad de los españoles perdidos*”, la actual “*Ciudad de los Césares*” (Ibidem, p. 65). El único metal que se conoce es el oro y todo se fabrica con este metal que para los Césares –hispanos o nativos–, carece de mayor valor: “*Aquí todo es de oro. Mire usted ese jarro y ese cuchillo y ese lavatorio*” (Ibidem, p. 94).

**PACHA PULAY.** Situada en el norte, en “*un pedazo del departamento de Antofagasta, Chile*” (Silva, Hugo, 1945, p. 149), pero no por eso menos legendaria, es *Pacha Pulay*: “*nombre indígena derivado del quechua PACHA, mundo, y PULAY, mohoso, viejo*” (Ibidem, p. 9). “*A mis pies, más allá de una extensión cubierta de huertas y prados y, que una alta y espesa muralla circundaba, divisé una vasta ciudad, deslumbrante bajo el sol. Todo en ella destellaba como si fuera oro*” (Ibidem, p. 46).

La fundación de la ciudad se atribuye a don García Cisneros que comandaba una expedición juntamente con su hermano Francisco “*que se dividió a raíz del naufragio del galeón en que venían, en la costa de Atacama (...) Don Francisco (...) siguió con una parte de la expedición a Santiago.*”

–*Y nosotros venimos de don García, que prefirió dirigirse aquí, con la mayoría, en busca de los tesoros de esta rica región, llamada por la leyenda la Ciudad de los Césares, y por los nativos, Pacha Pulay. Don García, al tomar posesión de ella por su Majestad el Rey de las Españas, la llamó Nueva Toledo, pero el nombre indígena es el que ha prevalecido.*” (Id., p. 52).

En Pacha Pulay se sintetiza lo autóctono y lo hispano: “*La edificación era mixta de española e indígena. El oro abundaba en rejas, puertas y tejados*” (Ibidem, p. 100). No sólo el oro trabajado por el criollo, igualmente, el labrado por el mestizo o el indígena se adaptó a los nuevos usos y costumbres. En el legado del décimo gobernador –*todos de la familia Cisneros, que Nueva Toledo había tenido desde 1687 en adelante*– de nombre don Gonzalo se encuentra una llave y tres manuscritos: “*En el primer pergamino estaban consignadas instrucciones para hacer uso de la llave, que servía para abrir, nada menos, el recinto donde estaban guardados los tesoros del Inca, en un lugar recóndito del cerro de la Virgen, en el flanco sur de la montaña y al pie de un monumento incásico.*” (Ibidem, p. 117).

## 6.2.6 EL DORADO

Como un atractivo para incentivar la venida a América, nace uno de los primeros mitos que los conquistadores hacen llegar a España: el del Dorado, íntimamente relacionado con la leyenda del Señor de Cipangos que se bañaba en oro en la laguna de Guatavita.

Atractiva para el colonizador era la idea de un continente en el que, en poco tiempo, el hombre se enriquecía. Pensemos que el rescate pagado por la persona de Atahualpa

significó para el rey “49.897 maravedís en oro y 5.378.221 maravedís en plata, según los libros de tesorería de la Casa de Contratación.

*De ese mismo rescate tocó a cada peón una suma equivalente a 27.000 dólares y a cada soldado de caballería, 54.000 dólares.”* (Morinigo, Marcos, 1946, p. 14).

Desde ese momento se despierta el interés por venir a América, el cual se incentiva con los relatos de la conquista, que se difundieron por vía oral y escrita.

En 1534, en la ciudad de Quito, recién poblada de españoles, el lugarteniente de Francisco Pizarro, Sebastián Belalcázar indagó acerca de otras zonas que explorar. Un forastero le indicó que en su tierra –la actual Bogotá– había una laguna donde el cacique entraba algunas veces al año con el cuerpo cubierto de oro desde la cabeza a los pies: “cuando se hacía este sacrificio y en día claro, daba grandes resplandores y entrando así hasta el medio de la laguna, hacía sacrificio y ofrenda, arrojando al agua piezas de oro y esmeraldas con ciertas palabras que decía. Y haciéndose luego lavar con ciertas hierbas, como jaboneras todo el cuerpo, caía todo el oro que traía a cuevas en el agua.” (Izquierdo Gallo, Mariano, 1956, p. 252). Llamaron a esa tierra la “Provincia del Dorado”, “como diciendo: llámese aquella la provincia donde va a ofrecer sus sacrificios aquel cacique con el cuerpo dorado.” (Ibidem, p. 53).

Verdadero símbolo de la conquista americana, cada cierto tiempo ha resurgido el mito, atrayendo a los aventureros, a las supuestas regiones ricas en oro. Muchos quisieron encontrar esa riqueza áurea. Numerosas leyendas acerca de yacimientos auríferos atrajeron a los cateadores de minas, y produjeron verdaderos éxodos hacia las zonas donde la leyenda resultó verdadera, por ejemplo, hacia Florida. Junto con la leyenda del Dorado, surgió la apetencia por buscar la ciudad mítica.

### 6.2.7 EL MITO DE LA CIUDAD PROMETEICA Y PROGRESISTA

La expansión europea se realizó sin impedimento de espacio en el vasto territorio virgen de América. En este ámbito de naturaleza fascinante, asombrosa, indómita y brava, el recién llegado tuvo que *construir un cosmos*, contarse una historia y edificarse un espacio. Surgen de la *nada* ciudades que, desde su origen, tuvieron el carácter de *fundacionales*. Sobre el ámbito natural –autóctono, genuino, telúrico, cíclico– se forjó otro, una segunda piel, el tiempo de la historia de Europa, el de la Conquista y Colonia. Tiempo que proyectado en la historia ocultó el espacio primordial y constituyó la interpretación europea de América, que no es sino el encarnar en el Nuevo Mundo lo que en el Viejo Continente no se supo o no se pudo realizar. Las ciudades se levantan o se conquistan y permanecen como capitales hasta el día de hoy.

Las ciudades se construían de acuerdo con las normas precisas que, en 1523, estableció Carlos V. Por ejemplo, Pedro de Valdivia llega al “valle y llano del Mapocho (...) y siendo informado que en ninguna otra parte hallaría tan buen sitio como en donde estaba, después de haber visto lo demás, pareciéndole ser lo mejor, hizo asiento y pobló

donde agora es Santiago. Luego trazó la ciudad y repartió solares en que hiciesen casas algunos caballeros que consigo llevaba y otros soldados de menor condición, dándoles indios a todos los más, conforme a la posibilidad de la tierra.” (Góngora Marmolejo, Alonso, s/f., pp. 38-39).

Ahora bien, ya ubicados en pleno siglo XIX, ante el *hispanoamericano independiente* se abría expectante otro espacio que inventar: el de la *propia historia*, el de la ciudad independiente, republicana y democrática, el de la civilización, una vez trascendido el rigor de la guerra. En el espacio del Nuevo Mundo confluyeron, entonces, *dos cosmovisiones*: una representada por el hombre de campo, rústico e ignorante, enfrentado al hombre de ciudad, al civilizado, de educación europea. El primero vive en el espacio de la naturaleza, tiene la fuerza, energía y vitalidad primitivas que había que encauzar mediante un programa educacional e instruccional. En oposición a éste, se da el hombre de ciudad, el intelectual. Esta oposición se puede graficar en la antinomia: civilización-barbarie, Europa-América, la libertad-el determinismo geográfico, lo de allí-lo de acá, lo claro-lo oscuro, la ilustración-la ignorancia, la historia-la naturaleza.

La *civilización* está simbolizada en la *ciudad*, el *centro*, que representa la *modernidad*, allí están “*los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados*”; la *barbarie*, en el *campo*, el *entorno*, el *pasado*, donde “*ningún signo europeo puede presentarse impunemente*”, pues “*todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado*”, “*proscrito, afuera*” (Sarmiento, Domingo Faustino, 1961, p. 65).

De este modo, se establecieron en cuanto paralelismos antitéticos dos estructuras míticas: el *mito de la ciudad prometeica*, el espacio de la *civilización*, progreso, educación, vida social, orden lógico y legal, urbanización, cultura, industria, proyecto de libertad, elegancia y comodidad material. En oposición, el *mito del campo*, que simboliza la *barbarie*, el pasado, el retraso, la ignorancia, la vida en campaña, el despoblado, el aislamiento, la soledad, la incultura, la justicia arbitraria y personal, el caudillismo, el determinismo geográfico, la naturaleza salvaje, el predominio del más fuerte, la autoridad absoluta; en fin, el tópico de la antimodernidad, la anticultura. Ambos mitos se encarnan en palabras que implican sistemas de referencias muy definidas en América, a imitación de Europa. Como consecuencia, *civilización* y *barbarie*, *ciudad* y *campo*, son oposiciones que encubren el ser hispanoamericano.

El triunfo de la *civilización* haría del hispanoamericano un hombre urbano, de la urbe, es decir, del centro, de la cultura. También, un civilizado, un civil y un hombre de progreso: un hombre pleno, europeizado. La superación de la *barbarie* significaría el fin de un modo de vivir rural y el triunfo de la ciudad sobre la geografía. La irradiación de la *civilización* sería de la ciudad al campo, de la cultura a lo que se supone la anticultura.

Paradójicamente reiteramos la ambivalencia del descubrimiento, en el momento de la Independencia. Al declararnos independientes y libres, no hacemos sino cubrirnos con nuevos velos europeos y, a través de Europa, no se devela la esencia del ser americano. Sólo cambiamos los patrones hispánicos por nuevos modelos franceses e ingleses, pero no buscamos la adecuada respuesta al entorno telúrico. Lo que se propone es abandonar una

forma de vida –natural, primitiva– por un orden racionalista de sello europeo –educación, leyes, orden, planificación municipal, gobierno establecido, docta justicia– y que no es una respuesta verdaderamente *lógica* a la interrogante que plantea nuestra esencial realidad americana y la heterogeneidad de sus habitantes. Nuevamente, se sueña la historia y se olvida la naturaleza, se relega el tiempo cíclico por el tiempo histórico, se produce el extrañamiento y lo genuino queda dormido en el inconsciente personal y colectivo. Mas, la ciudad sólo adormece el determinismo del espacio, acalla, aparentemente, el dominio de la geografía.

Evadimos la naturaleza pánica levantando ciudades con criterio foráneo. Europa proyectó su visión de mundo en la ciudad concreta que el conquistador erigió imitando las ciudades hispanas: una plaza central hacia la cual convergen cuatro calles, a su alrededor se concentran los poderes ciudadanos: administrativo, económico y religioso. Mientras América trata de recrear a Europa en su ámbito geográfico, Europa proyecta sobre América, sus utopías: el buen salvaje que vive de acuerdo con la ley natural, las Amazonas, las Sirenas, el Paraíso Perdido, el Dorado, la Fuente de la Juventud, la Atlántida, entre otras. La utopía de la perdida ciudad dorada dio origen a obras como *La Ciudad del Sol* de Campanella, *La Ciudad de los Césares* de Manuel Rojas, *Pacha Pulay* de Hugo Silva. Europa intenta vivir aquí la Arcadia de sus sueños de allá, al modo cómo, en la actualidad, José Arcadio Buendía, protagonista de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, procura encarnar su sueño en la existencia, su visión onírica en la realidad cotidiana. El mito se hace historia a través de la palabra.

Mientras crecía, la ciudad traicionaba al hombre: desaparece todo contacto real, auténtico con lo telúrico y lo cósmico: los altos edificios impiden seguir el curso de crecimiento y decrecimiento de la luna, la salida y ocaso del sol, el cambio de las estaciones. Gabriela Mistral reconoce que el niño de ciudad vive en un espacio-tiempo más bien parejo y desteñido, que asfixia su imaginación, al no poder “*distinguir los lugares por los aromas*”, ni conocer “*los semblantes de las estaciones*” a través de los árboles que expresan la transfiguración de lo natural y se puebla “*la mente de nombres*” y no “*de cosas*” (Mistral, Gabriela, 1979, p. 57).

El mito de la civilización, de la ciudad prometeica, terminó ahogando al hombre, sumergiéndolo en la laberíntica ciudad contemporánea que, como una segunda piel, oprime, sofoca y conduce a una muerte precipitada. “*No se culpe a nadie*” manifiesta el título de uno de los cuentos de Julio Cortázar, probablemente, porque todos y cada uno de nosotros somos culpables.

### 6.2.8 EL MITO DEL PROGRESO

Del mito de la ciudad prometeica y civilizada, impuesto y asumido como tal, nace, como consecuencia, el inevitable afán de ahogar lo primigenio, lo natural, ya sea el paisaje o el hombre autóctono.

El ámbito de la ciudad se caracteriza por una actitud *progresista*, también importada de los países *desarrollados* e impuesta a los *subdesarrollados* como otra forma de

colonialismo. Es el *mito de la técnica y del progreso* que lleva, muchas veces, al hombre al consumismo enajenante, verdadero dogma que relega el auténtico sentimiento religioso. Sobreviene una especie de religión laica, conformada por la moralidad burguesa, el culto por la razón y la creencia en una humanidad mejor. No obstante estos buenos propósitos – he aquí la paradoja –, es fácil comprobar la superioridad del ferrocarril o del barco sobre la carreta pero, ¿cómo demostrar realmente el progreso moral o político? Todo lo que era tinieblas iba a ser iluminado por la Razón, que debería resolver no sólo las dificultades, sino dominar las fuerzas naturales. Es el caso de la novela *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, en la cual encontramos a Santos Luzardo (la Santa Luz) que se enfrenta y vence a Doña Bárbara (la Barbarie). El conflicto está simbolizado tanto en el nombre de los personajes: Santos Luzardo, la Santa Luz, en oposición a Doña Bárbara, la Barbarie; como en la designación del espacio: Altamira, el lugar donde está la hacienda de Santos Luzardo, se ve amenazado, subrepticamente, por Mister Danger (el Señor Peligro).

El tópico del progreso estuvo unido a la máquina de vapor y a la electricidad que manifestaban el ilimitado poder intelectual del hombre. La idea general de progreso anunciaba un futuro de grandeza. Las palabras capturadas en las redes de la realidad inmediata sólo debían reflejarla, es decir, les correspondía fotografiar el orden de la vida construida a escala humana. Sobrevivían los vocablos más aptos para mostrar ese mundo.

Dentro del mito del progreso surgió otro dogma: el del reloj, el elemento que mediría el tiempo de trabajo y de descanso. Sin embargo, en la actualidad, se ha convertido en un instrumento de tortura, tal como lo expresa Julio Cortázar, en *“La isla a mediodía”* o en *“Instrucciones para darle cuerda al reloj”*. En este último relato, ante nuestra sorpresa, constatamos que somos nosotros – los seres humanos – los regalados para servir al reloj: darle cuerda, usarlo, mirar la hora, cuidarlo para no perderlo, sentir el tiempo que pasa, llegar convenientemente, percibir la angustia del retraso y, finalmente, un día cualquiera, notamos dos gotitas de sangre debajo de la correa e intuimos que, gradual e imperceptiblemente, instante tras instante, se está alimentando de nuestra vida. Es el reloj-vampiro, que coincide con los que *“sincronizó con tanta precisión”* José Arcadio Buendía en Macondo (García Márquez, Gabriel, 1969, p. 40).

En el mundo actual, la velocidad de las comunicaciones ha dado un valor especial hasta a las fracciones de minuto y ha hecho del hombre un muñeco que depende de la marcha del segundero. El objeto ha sometido al sujeto. En *“Autopista del Sur”*, de Julio Cortázar, observamos el atochamiento automovilístico en una moderna carretera, lo que detiene el desplazamiento mecánico y apresurado del hombre hacia la ciudad sin tener una razón verdadera ni valedera para llegar a esa meta. La prisa la justifica el absurdo: ver un determinado programa de televisión, realizar un negocio, e incluso no se sabe por qué, pero hay apuro por llegar. Este tiempo controlado contrasta violentamente con el tiempo ritual del cual, con maestría, Cortázar nos da cuenta en *“La isla a mediodía”*, en *“El otro cielo”* o en *“La noche boca arriba”*, por ejemplo.

Se suponía que la máquina, al liberar al hombre de las tareas manuales, le dejaría más tiempo libre para las actividades del espíritu. Pero, en la práctica las cosas han resultado al revés y cada día disponemos de menos tiempo: *“La versión evolucionista y burguesa de*

*la idea lineal y progresista de la historia nos prometió una sociedad de abundancia, una sociedad libre y una sociedad sin conflictos sociales. La verdad es que esa abundancia es tantálica, es una engañifa*” (Paz, Octavio, 1980, p. 98). En *Cien años de soledad*, el tiempo es una “*estructura circular y dinámica*” (Gullón, Ricardo, 1970, p. 21) que, como el Sol, en su movimiento de rotación y traslación, nos entrega la ilusión del día que nace y muere, y la de las estaciones que parecieran comenzar y no son sino un eterno retornar mientras se respete la ley natural. Mas todo se transforma en un sin sentido cuando dicha ley es transgredida por la falsa idea de progreso: la llegada de la compañía bananera a Macondo (*Cien años de soledad*) implicará la explotación de la naturaleza y del hombre, desencadenando el principio del fin.

Dentro de la frenética, apresurada y masiva vida de la gran urbe hispanoamericana, Borges siente aún latir una vida de vastos amaneceres y de jornadas que tienen el olor del caballo, y que se grafica en la imagen de la “*la llanura inagotable que resuena bajo los cascos*” (Borges, Jorge Luis, 1969, p. 35).

## 7. LA PALABRA

La palabra expresa y encubre la realidad americana desde que, olvidando la mítica lengua de los ancestros indígenas, el nativo aprende el castellano y con él una estructura mental jerárquica, imperial. Es así como asistimos durante estos siglos a una búsqueda incesante de formas literarias y estructuras lingüísticas.

### 7.1 LA PALABRA ENCUBRIDORA

Desconociendo las culturas anteriores, pero, sobre todo, ignorando las características del continente americano, desde hace ya más de 500 años, España impuso lingüística y administrativamente una imagen de mundo que los nacidos en estas tierras hemos asumido como nuestra; porque son las elaboradas conforme a patrones culturalmente válidos. España nos entregó un tiempo y un espacio ideales que corresponden a una visión mítica, configurada en torno a un arquetipo imperial y a una lengua con cuyos paradigmas se interpretó, o más bien se disfrazó, nuestro cosmos. Sobre esta base hemos creado otros mitos y los hemos proyectado en el decir con que construimos la realidad, cosmovisión que surge de oposiciones lingüístico-semánticas que apuntan en forma polar a América y a Europa, respectivamente: selva-ciudad, indigenismo-progreso, poncho-frac, piel oscura-piel clara, periferia-centro. Tópicos que nos ocultaron la realidad a lo largo del siglo XIX, incluso del XX, y crearon una falsa apetencia europeizante que realizamos culturalmente en el arte, en la literatura, y, especialmente, en la concepción de una ciudad históricamente progresista que se oponía a la barbarie natural.

No hemos logrado enraizar, nos hemos perdido en las palabras y en el misterio que oculta la celebración de un descubrir que es un encubrir. Es el misterio no de un descubrimiento, sino de una pérdida. En América se perdió una esencialidad humana. Hemos buscado con *Viaje a la Semilla* de Alejo Carpentier, *El Túnel* de Ernesto Sábato, *Macchu*

*Picchu* de Pablo Neruda, *Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez, *Flores de Papel* de Egon Wolf, *La Última Niebla*, de María Luisa Bombal, *Ficciones* de Jorge Luis Borges, *Coronación* de José Donoso, *La Tregua* de Mario Benedetti, *La Muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, *Rayuela* de Julio Cortázar, *Altazor* de Vicente Huidobro, *Alsino* de Pedro Prado, *Trilce* de César Vallejo, *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *El Laberinto de la Soledad* de Octavio Paz, *Poema de Chile* de Gabriela Mistral, *La Casa Verde* de Mario Vargas Llosa, *El Astillero* de Juan Carlos Onetti, *Todo Verdor Perecerá* de Eduardo Mallea, *Hijo de Ladrón* de Manuel Rojas, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, la lista podría continuar, pero no nos ha sido posible construir nuestro ser americano.

El lenguaje del relato decimonónico es anacrónico: se trata de una prosa unívoca, imposibilitada de revelar una realidad plurívoca, laberíntica y barroca como es la nuestra. El escritor hispanoamericano cubre con la palabra la realidad, peor aún, la disfraza en un falso lenguaje: “*el lenguaje renacentista de la conquista oculta el meollo medieval de la empresa colonizadora, como el de Las Leyes de Indias, el de la Encomienda. El lenguaje iluminista de la Independencia esconde la permanencia feudal, y el lenguaje positivista del liberalismo decimonónico, la entrega al imperialismo financiero.*” (Fuentes Carlos, 1969, p. 89). El escritor no construye lenguaje, crea un cosmos organizado según las coordenadas témporo-espaciales que recibe de los conquistadores y que determinan una estructura mental, en el fondo colonialista. Se trata de un “*concepto de mundo como orden vertical, jerárquico, de opciones y sanciones de tipo religioso trasladado impunemente a la vida social e intelectual*” (Ibidem, p. 89). No tomamos conciencia de que el orden, la jerarquía, la cosmovisión europea no corresponden a la realidad americana plurivalente, incongruente, por lo tanto, el lenguaje de origen europeo –ordenado, lógico, jerárquico y unívoco– no puede dar cuenta del desorden, de la pluralidad de sentidos y formas, de la incongruencia, de la constelación de alusiones y de la ambigüedad de una literatura viva.

El escritor evade su potencialidad creadora en un lenguaje unívoco y lineal que esconde nuestra realidad esencial o bien se torna un descriptivo traductor del mundo externo, olvidando hacer de la literatura un espacio poético diferente, autónomo, único, fantástico, maravilloso o mítico de nuestro estar en la Tierra. Entonces, si Hispanoamérica carece de un lenguaje propio, le corresponde al escritor constituirlo y, para ello, no necesita abusar del color local ni prodigarse en la enumeración de datos, señales y lugares que sólo son adornos, atributos o apariencias de realidad. Borges dice “*no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara.*” (Borges, Jorge Luis, 1972, p. 162). Para que una obra cree la atmósfera que manifieste el espacio propiamente hispanoamericano, hay que abandonar los malos hábitos realistas, rescatar nuestros mitos, tradiciones y leyendas, generar un nuevo orden sobre el que descansen la ironía, el humor, el juego, la ensoñación, acudir a una sintaxis perfecta en su lógica gramatical, pero que apunte a una considerable ambigüedad semántica. Esta nueva realidad personal y de raigambre superrealista precisa aunar la libertad creadora con la imaginación creativa del artista en pos de un lenguaje latinoamericano propio que, por contraste, revele la falsedad, el sometimiento y el colonialismo del que, tradicionalmente, considerábamos nuestro lenguaje.

## 7.2 LA PALABRA CREADORA

La lengua castellana nos entregó la posibilidad para distinguir entre el ser y el estar, la esencia y la estancia. No lo hemos hecho, y, sólo ahora, estamos aprendiendo a ver la tierra. No bastó que Colón desembarcara en una isla. Era necesario un Américo Vespucio que dijera a Europa que América era América. Sin embargo, para que el hombre hispanoamericano se atreva a hablar su realidad, tal vez, debamos descubrir un nuevo modo de decir, arriesgarnos a lo que hace 400 años hicieron Miguel de Cervantes y Luis de Góngora: quebrar esquemas y estructuras lingüístico-literarias. César Vallejo, Vicente Huidobro, Julio Cortázar, entre otros, de alguna manera, lo han hecho: trascender los límites, porque las antiguas coordenadas no nos sirven. En una palabra, ya es hora de que debamos descubrir América en nosotros mismos. Para ello, debemos concretarnos con nuestra capacidad mágica, en ese shamán que se oculta en nuestro inconsciente, que nos permitirá descubrir la unidad esencial, no con Europa solamente, sino con el Todo. Ha llegado el momento de que los americanos nos descubramos; es decir, arrojemos lejos la actitud de desamparo y de opresión para construimos y verdaderamente *des-cubrirnos*.

El escritor hispanoamericano contemporáneo –Julio Cortázar, Juan Rulfo, María Luisa Bombal, Mario Benedetti, Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Manuel Rojas, Eduardo Mallea, José Donoso, Mario Vargas Llosa, entre otros– se propone realizar un camino diferente al de los autores decimonónicos: a través del lenguaje, busca crear una ficción representativa y expresiva de la realidad que sea totalizante por cuanto inventa una segunda realidad, una realidad paralela y autónoma, un mundo mantenido en, con y por el lenguaje: “*la vida es porque es nombrada y vuelta a nombrar*” (Fuentes, Carlos, 1969, p. 19). Nace el mito de un cosmos generado y sostenido por la palabra poética, simbólica, adánica, que funda mundos al nombrarlos: “*inventa mundos nuevos y cuida tu palabra*”, dice Vicente Huidobro (*Obras Completas*, 1976, p. 219, t.I), intuyendo que el verbo ha sido traicionado, se ha corrompido y necesitamos devolverle su sentido. Pero, ¿cuándo la palabra se desmitificó y se transformó en un *bien de consumo*? Para transformarla en bien de consumo bastó con despojarla de su trascendencia, desarraigarla del espíritu, hacer del lenguaje un sistema arbitrario de signos, dejar de interrogarnos acerca del sentido de las cosas y confundir lo falso con lo verdadero, la verdad con la mentira, pues a fuerza de darle sentido a todo, todo ha perdido sentido.

Precisamente, el hacer del artista debe ser rescatar y reactualizar el sentido revolucionario de las palabras, “*son espuma, hilo, metal, rocío ... las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas ... como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio ... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces...*” (Neruda, Pablo, 1978, pp. 73-74). El escritor presiente que todo acto de lenguaje verdadero es necesariamente innovador, renovador, y para captar su sentido primigenio, debemos volver al mito cosmogónico del origen: el vocablo primero que da vida a la realidad, que hace transparente la opacidad del mundo:

*“¡Silencio! ¡Soledad! Vasto silencio (...)  
Y Adán habló, y el hombre puso palabras  
En todas partes donde antes callaba,  
En donde siempre estuvo silencioso,  
Donde sólo se oían los grillos sonoros.”*

(Huidobro, Vicente, “Adán”, en *Obras Completas*,  
1976, pp. 196-201, t.I)

A la palabra creadora le corresponde iluminar la otra mitad del mundo, la mitad oculta de la vida y construir la unidad primordial que trasciende el tiempo disperso, heterogéneo y múltiple de los días perdidos y laberínticos. El hoy con el ayer, el aquí con el allá, se juntan en el lenguaje.

El escritor actual acuña su tiempo y espacio propios, el de la palabra-revelación y se siente con derecho a subjetivizar la realidad, a expresarse personalmente y no a ser simple traductor de una realidad aparente. El lenguaje se torna poético, evocador de mundos ficticios, de imágenes míticas, profético de nuestra identidad. El tiempo se hace espacio de conciencia: se personaliza.

La palabra, por tanto, no debe decir un mundo que objetivamente se nos presenta y que no tratamos de descubrir en lo que es sino que intentamos reflejarlo con un lenguaje unívoco y lineal. Este, por su parte, no puede manifestar la atmósfera ni la simultaneidad mito e historia, lo de antes y lo de ahora, lo despoblado y la concentración humana, la naturaleza y la historia, el ayer y el hoy, lo de adentro y lo de afuera, el sueño y la cotidianeidad. Esta realidad múltiple necesita un lenguaje sugerente, evocador, metafórico, que la cubra, descubriéndola y la cree, recreándola. Por ello, nuestro lenguaje debe permitirnos salir, abrirnos al encuentro con el mundo, para recrearnos a nosotros, los hispano-americanos, y a nuestro continente, Hispanoamérica. Y si nuestra naturaleza es barroca, reconozcámosla en su realidad esencial y aprendamos a vivir con ella y no contra ella y el lenguaje que hable de ella, debe ser, por consiguiente, un lenguaje multívoco, plurivalente, intuitivo, incluso mágico, para expresar lo real-subjetivo-maravilloso-fantástico-imaginario-superrealista-telúrico del Nuevo Mundo.

Hasta el momento actual, la historia del continente ha sido una lección que debemos aprender para no repetir los errores. Problema esencial de incomunicación, de no saber ver al otro, porque se interpreta el mundo desde los propios *pre-juicios*. No ver una realidad, porque nos acercamos a ella con conceptos previos que desvirtúan e impiden el diálogo. Muy bien lo plantea Tzvetan Todorov: “*Quiero hablar del descubrimiento que el yo hace del otro. El tema es inmenso. apenas lo formula uno en su generalidad, ve que se subdivide en categorías y en direcciones múltiples, infinitas. Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta de que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que no es uno mismo: yo es otro*” (*La conquista de América*, 1991, pp. 196-201). Para descubrir quien soy yo, necesito oponerlo a otro. José Bengoa apunta: “*Como ocurre en casi todas las cosas, los conquistadores querían conquistar lo conocido, conquistar España. Es, por ello, la obsesión de la refundación, de poner el nombre de las cosas de*

*España en América, de nombrar todo lo nuevo (...) La conquista de América es el pretexto para reconquistar España.*” (*Conquista y barbarie*, 1992, p. 15). El problema de los conquistadores no es el nuestro, y lo hemos vivido como si fuera nuestro, identificándonos con España y no con América o, específicamente, con Chile. Debemos *re-plantearnos* nuestra actitud frente a nosotros y a nuestro continente. Para ello hay un solo camino: autenticidad en la creación literario-artística. El arte, la literatura, es descubrimiento de nuestras posibilidades vitales tanto como invitación a encarnarlas: “no es un espejo en el que nos contemplamos sino un destino en el que nos realizamos” (Paz, Octavio, 1971, p. 224).

## 8. CONCLUSIÓN

*“América, no invoco tu nombre en vano.  
 Cuando sujeto al corazón la espada,  
 cuando aguanto en el alma la gotera,  
 cuando por las ventanas  
 un nuevo día tuyo me penetra,  
 soy y estoy en la luz que me produce,  
 vivo en la sombra que me determina,  
 duermo y despierto en tu esencial aurora.”*

(Neruda, Pablo, *Obras Completas*, 1962, p. 490).

### 8.1 1492

1492 será el año del descubrimiento del Nuevo Mundo que dará a España no sólo la oportunidad de nuevas tierras sobre las cuales extender su dominio, sino también una realidad nueva: especias no conocidas, metales preciosos, gente de otro colorido, frutos desconocidos; en fin, un ámbito inédito con una humanidad distinta. El Nuevo Mundo virginal, cerrado en sí mismo, lejano, extraño y paradisiaco, se despliega ante los ojos de España y sugiere a los escritores nuevos temas, los toca con una sensibilidad diferente. A medida que narran los cronistas, se despierta en Europa la curiosidad, el afán de conocimiento y el ensueño por el Nuevo Continente. En “*Carta sobre el descubrimiento*”, 1493, las palabras de Cristóbal Colón revelan el sentimiento de admiración ante lo descubierto: “*La Española –nuestra actual Bahamas– es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares... Ésta es para desear y vista es para nunca dejar.*” (Cit. por Henríquez Ureña Pedro, 1988, p. 109, t. I). Es la hora de mirar y de contar. En su *Diario* de viaje del descubrimiento, el 19 de octubre, Cristóbal Colón escribió: “*vide este cabo de allá tan verde y tan hermoso, así como todas las otras cosas y tierras de estas islas, que yo no sé adónde me vaya primero, ni me sé cansar los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas yerbas ... Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo.*” Más adelante, el 11 de diciembre, con tono hiperbólico, anota que la Española es “*la más hermosa cosa del mundo*”. Y, días más tarde, el 25 de

diciembre, une a la descripción del espacio paradisiaco, las bondades de la gente en cuanto seres simples, bondadosos y felices: “*en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa.*” (Ibídem, pp. 109-110).

## 8.2 AMÉRICA, DESCUBRIMIENTO E INVENCIÓN

Cuando el 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón pisó tierra, por primera vez, en una de las islas de las Antillas, quedó consumado el trascendente acto del descubrimiento de América. Aunque, desde el punto de vista de la población indígena, no se trató de un descubrimiento sino de un conocimiento. Mas, para el centro de la cultura universal, que era Europa en esos momentos, *conocer* un territorio significaba *descubrirlo*. Ahora bien, desde la perspectiva estrictamente histórica, nada ocurrió el 12 de octubre de 1492 que pudiera designarse como el descubrimiento de América. Muchos de los equívocos en que van a incurrir los europeos del Renacimiento con respecto al Nuevo Mundo se debió a que se empeñaron en asimilar el continente a las creencias y conceptos que traían de su propia realidad histórica. Algunos de estos errores: la existencia de las Amazonas, el Paraíso Terrenal, la Fuente de la Juventud, se han ido desvaneciendo en el tiempo; sin embargo, ha persistido hasta nuestros días el equívoco fundamental al que apunta la designación de la fecha.

Colón y los primeros navegantes no conocieron el nombre de América. Con posterioridad al 12 de octubre, el almirante siguió con su idea, la que lo había motivado a iniciar su empresa y arriesgarse a cruzar el océano. Colón continuó creyendo que había llegado a la costa occidental de las Indias, en Asia, y no consideró siquiera la posibilidad de haber descubierto un nuevo continente. Por ello, no pensó en dar un nombre a lo que ya lo tenía y llamó Indias Occidentales al espacio hallado.

Américo Vespucio tuvo clara conciencia, desde un primer momento, de que las tierras encontradas integraban un nuevo continente y no el de Asia. Propuso, en consecuencia, llamar Nuevo Mundo al continente descubierto por Colón; pero, no indicó que fuera llamado con un derivado de su nombre.

El nombre de América apareció en 1507 por decisión de un grupo de clérigos humanistas y poetas, canónigos del ducado de Lorena, que estaban abocados al estudio de la cosmografía sobre la base de la geografía de Ptolomeo. Por largo tiempo, creyeron haber llegado a algunas islas del continente asiático y sólo más tarde —después de que toparon con la costa de la actual Venezuela— adquirieron la noción de una tierra firme que no se convirtió en verdadera certidumbre del hallazgo de un nuevo continente sino sólo después del descubrimiento del Océano Pacífico. Toda la documentación de la época da cuenta tanto de la sorpresa de haber hallado nuevos lugares y nuevos hombres, como del afán de insertar esas novedades en el conjunto de los conocimientos geográficos e históricos de la época. Entusiasmados los cartógrafos de Lorena con las cartas descriptivas de los viajes de Américo Vespucio, concurrieron en el error de creer que Américo era el descubridor del nuevo continente y señalaron, en consecuencia, llamar América a estas tierras, adecuando

el nombre de pila de Vesputio. En un pequeño opúsculo, *“Introducción a la Cosmografía, 1507*, expresaron el fundamento de su decisión: *“Verdaderamente ahora que tres partes de la Tierra –Europa, Asia y Africa– han sido ampliamente descritas y que otra cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vesputio, no vemos con qué derecho alguien podría negar que por su descubridor Américo, hombre de sagaz ingenio, se le llame Ameriga o bien América, como si se dijera tierra de Américo; tal como Europa y Asia tomaron sus nombres de mujeres.”* (Cit. por Bonifacio del Carril, 1992, p. 13)

Con total buena fe, los canónigos de Lorena creyeron que Vesputio había sido el descubridor del Nuevo Mundo y así lo evidenciaron en un mapa. La iniciativa de ellos se difundió rápidamente por los círculos científicos de Europa dedicados a los estudios geográficos y cosmográficos. El mapa fue copiado muchas veces y, de este modo, se reprodujo el error de afirmar que Vesputio había sido el primero en llegar al Nuevo Mundo. Esto, a pesar de que el cartógrafo directamente responsable de tal equivocación, el alemán Waldseemüller, se retractó posteriormente de su error y retiró de los mapas el nombre de América. Incluso, en 1516, insertó un cartel, estableciendo el orden de prioridad de los descubridores: primero, Cristóbal Colón; segundo, Pedro Álvarez Cabral, descubridor del Brasil; tercero, Américo Vesputio. No obstante, el nombre se había impuesto y los principales cartógrafos de Europa, al margen de la verdad histórica, continuaron llamando América al continente descubierto por Colón.

Alexander von Humboldt, en su libro *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, explicó las razones de este inesperado éxito: *“Se trataba de un nombre armonioso y poco común a la vez. Si Vesputio hubiese sido bautizado como muchos de sus antepasados con los nombres de Miguel, Rómulo o Blas, el sabio cosmógrafo que inventó el nombre de América no habría pensado en buscar entre esos nombres la denominación de una nueva parte del mundo”* (Ibíd., p. 13). Sea como fuere, el nombre de América quedó definitivamente incorporado, en forma universal, para designar al continente.

### 8.3 EMPIEZA A EXISTIR AMÉRICA

Descubrimiento y creación marcharon juntos no sólo por las formas imaginativas en que trataron de asimilarse los nuevos hechos, sino porque, de inmediato, desde los días mismos de La Española, comenzó el proceso de creación de una nueva realidad que nacía del encuentro de la mentalidad de los europeos del siglo XVI con la tierra y los hombres del Nuevo Mundo.

Podríamos creer que América era algo que, en lo esencial, existía desde antes de la llegada de los españoles. En sentido estricto, lo que Colón y sus compañeros de viaje encontraron fue una parte natural y humana del inmenso fenómeno histórico cultural que hoy abarcamos con el nombre de América. Lo que hallaron, verdaderamente, fue la realidad geográfica y la presencia de indígenas. Por tanto, América existía sólo parcialmente antes del 12 de octubre. El descubrimiento va a poner en contacto dos realidades humanas y culturales distintas: la de los europeos y la de los indígenas. En el encuentro todos cam-

biaron: los indígenas dejaron de ser lo que habían sido para entrar en un legado de valores distintos, con grandes dificultades de asimilación que abarcaban desde la lengua española y la religión cristiana hasta un nuevo concepto de sociedad, del hombre y de la vida.

Lo que se inició a partir del descubrimiento es un hecho nuevo que poco tiene que ver con la realidad humana del continente antes de la llegada del europeo; y que tampoco ni siquiera parcialmente se relaciona con una continuidad cultural entre un mundo primitivo y una cultura europea traída por los conquistadores. La realidad americana, que se originó a partir de la llegada de los españoles, no va a ser ni trasplante europeo ni continuidad de lo indígena, sino un hecho nuevo en continuo proceso de crecimiento y complejidad, provocado por el estrecho contacto de hombres y culturas diversas y divergentes: en sus inicios, españoles e indígenas; posteriormente, ingleses, franceses, alemanes, italianos, africanos, chinos, etc., generándose una nueva circunstancia para una nueva historia: la de América mestiza.

*“La verdad es que lo que llamamos América no fue algo que se descubrió un día de 1492, sino una nueva realidad histórica y cultural que comienza a formarse a partir de ese día y que todavía no conocemos bien.”* (Uslar Pietri, Arturo, 1992, p. 12)

#### 8.4 PRESENCIA DEL SUELO AMERICANO

Todo hombre nacido y criado en el Nuevo Mundo comparte con cada uno de nosotros la tierra y es parte de nuestro ámbito de América Hispana. Tenemos un lenguaje, un alma y un espíritu comunes, asimismo, un similar sentimiento de pertenencia a un espacio que es, simultáneamente, presente y lejano, actual y recóndito, lógico y romántico, amigo y extraño. Compartimos los hispanoamericanos un impulso ancestral que lleva a cobijarnos, arraigarnos o interiorizarnos en un paisaje nuestro, impulso que nos motiva a mirarnos, a intentar reconocernos en nuestros gestos, tradiciones, voces y creencias. Con este y en este espacio natural, hemos tenido que aprender a vivir, mejor dicho, a convivir. Hay, en nosotros, un hondo telurismo, aunque a veces lo hayamos negado, olvidado o ignorado. Está presente en nuestra conciencia o inconsciencia y requiere aflorar con la fuerza de aquello que precisa nacer para identificarse con su paisaje, costumbres, leyendas, mitos, incluso con su contingencia: autorreconocerse, autoaprenderse, autovalorarse chileno y americano.

#### 8.5 LAS DOS VERTIENTES HISPANOAMERICANAS

Hispanoamérica está contenida en esas dos palabras que la conforman: Hispano-América. Ambos no son términos sin sentido. Sabemos que las palabras tienen un sonido, pero apuntan a un significado, dicen algo, dicen la vida. Y esto es lo importante de recuperar. El mundo está allí, cercano a nosotros, mas definitivamente lejano, reposa en sí mismo, permanece en silencio; y a nosotros nos compete animarlo, humanizarlo, no volverlo sólo un ente material, utilitario y aprovechable. Al contrario, nos corresponde integrarnos armónicamente en nuestro ámbito natural, acercarnos a él, e intentar recono-

cernos con él y en él, con el fin de que *Yo y lo Otro* constituyamos una *unidad*, que se comunica a través de la *palabra creadora*, fundante, expresiva e imaginativa. Lo Otro es el mundo, el entorno, el espacio, América.

Uno de los términos de Hispanoamérica apunta a su *realidad original*, primordial, ancestral, telúrica: el espacio, el fundamento, lo que es propiamente del lado de acá, lo interiorizado profundo, lo indígena, genuino, natural: el *ser americano*. Es amor a la tierra, a los árboles, a las plantas, a las montañas, a los ríos, es formar parte de un ámbito, llevar sus aromas en uno mismo y sentir con nostalgia e incluso llorar si estamos lejos de nuestro entorno. Acá nos reconocemos. Este reconocimiento habla también de un camino que recorrer hacia dentro de uno, hacia las entrañas de América y hacia el mito, el origen, el ser:

*“Sube a nacer conmigo, hermano (...)  
Mírame desde el fondo de la tierra (...)  
Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta (...)  
Dadme el silencio, el agua, la esperanza.  
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes (...)  
Acudid a mis venas y a mi boca.  
Hablad por mis palabras y mi sangre.”*

(Neruda Pablo, “Macchu Picchu”, en *Obras Completas*, 1962, pp. 323-324).

Cuando Neruda, en *Alturas de Macchu Picchu*, toca con sus manos lo más genital de lo terrestre, descubre sus raíces primordiales, al hombre que existió y al que existe, el espacio que fue y que es; y, trascendiendo tiempo y espacio, vincula el hombre del presente con el hombre del pasado, el hoy con el ayer, el mundo actual con el mundo escondido, dormido. En Pablo Neruda, está la naturaleza, el descubrimiento de un mundo sumergido, interiorizado, dormido, lejano, y él le da vida con la palabra y lo da a conocer a los otros. De este modo, une lo invisible y lo visible, el mito con la historia. Encuentra, entonces, a sus hermanos y a sí mismo como poeta: “*Hablad por mis palabras y mi sangre*” (Ibíd., p. 324).

Surge la palabra “*hablad*”. Y el lenguaje nos habla de nuestro otro origen: de España, nuestra otra vertiente, más conocida y cotidiana, la del lado de allá. El lenguaje nos expresa en lo que somos y queremos ser, en nuestros afanes, nostalgias, alegrías, sensibilidad, inteligencia; manifiesta *nuestro existir* y nuestro derecho a existir como personas, pero también nos comunica el mundo y con el mundo. El encuentro es a través del lenguaje, de la poesía, del símbolo, de la imagen. La palabra aúna al hombre con el espacio, al Yo con el Tú, al sujeto con el objeto:

*“Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos ... Salimos perdiendo ... Salimos ganando. Se llevaron el oro y nos dejaron el oro ... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo ... Nos dejaron las palabras.”* (Neruda, Pablo, 1978, p. 73).

El espacio, el paisaje, la tierra, la naturaleza, en Hispanoamérica no es de género neutro, indiferenciado, es de signo femenino: alude a la mujer, a la madre, a la Tierra. No podría ser de otro modo, con otro signo en nuestra América. El medio a través del cual debemos comunicar ese espacio es la palabra creadora, dinámica, activa, subjetiva, personal. Es palabra vital, que puede generar vida más allá de la muerte física del hombre para encarnar en los otros, en los que vendrán, y, así, nuestra común-uniión (comunidad, comunicación) será mediante el lenguaje. Este siempre deberá traducir la realidad propia: nuestro mundo. Por ello, cada palabra tendrá que llevar el sello, el peso, el olor, el tacto, el aroma, el sonido, el agua, los volcanes, los ríos de América.

No podemos despojarnos de *nuestros orígenes*: uno nos habla del *espacio*, de la *naturaleza*, del *mito*; el otro, del *tiempo*, del *lenguaje*, de la *historia*. A nosotros nos atañe, a través del *proceso de la cultura*, aunar espacio y tiempo, naturaleza y lenguaje, mito e historia. Es decir, espacializar el tiempo y temporalizar el espacio, lo cual significa ser hispanoamericano: tierra y lenguaje. No podemos olvidar ambas raíces: ni el padre ni la madre. A los dos los necesitamos, pues ambos nos constituyen. Si hemos realzado una de las vertientes, nos corresponde, ahora, darle vida verdadera a la otra. Ahí está nuestra tarea: atrevernos a vivir por nosotros mismos.

## 8.6 NUESTRAS CREACIONES

La complejidad del ser de Hispanoamérica deviene del hecho de que tiene "*sangre indígena*", "*reza a Jesucristo*" y "*habla en español*". Es, por lo mismo, un espacio complejo, ambivalente, maravilloso y exótico que asombró a España del siglo XVI; más tarde, a todo el orbe; e incluso, en la actualidad, aún nos sorprende a nosotros, los hispanoamericanos, con su espacio natural y con sus divergentes personalidades. El Mundo Nuevo, el Nuevo Mundo, aparece, ante nuestros ojos y nuestra imaginación, acogedor y hostil, árido y selvático, lluvioso y seco, montañoso y plano, desértico y exuberante, despoblado y concentrado, indígena y europeo, antiguo y moderno, natural y ciudadano, real y maravilloso. Es "*la América del grande Moctezuma, del Inca*"; pero, también, "*la América fragante de Cristóbal Colón, la América católica, la América española*." (Darío, Rubén, 1961, pp. 720-721).

Igualmente, Hispanoamérica, en su literatura y en su arte, aparece como un complejo fenómeno de mestizaje o entrecruzamiento de diferentes culturas que perviven en su simultaneidad horizontal y vertical de espacios y tiempos. Nada hay en su historia literaria que refleje la ordenada sucesión de escuelas, tendencias y épocas. Todo tiende a superponerse y a integrarse: lo clásico con lo romántico, lo antiguo con lo actual, lo popular con lo académico, lo racional con lo fantástico, lo tradicional con lo extranjero. Ninguna expresión tiene un curso único que, agotado en su trayectoria, es derogado por otro nuevo; sino que, al igual que un río torrencioso, arrastra al mismo tiempo, materiales de distinta procedencia.

Hispanoamérica requiere ser revelada en un lenguaje creativo e innovador. Precisamente, el lenguaje debe hacer realidad, una cultura que, verdaderamente, nos traduzca. Tal vez, esta Hispanoamérica que se busca sin hallarse, esta Hispanoamérica de los *pasos*

*perdidos* se encuentre en la *cultura*. Probablemente, éste sea el camino que debe emprender América Hispana. Si nos diferencian los sistemas políticos, ideológicos, económicos, que nos una aquello que es indestructible y que habla del espíritu inmortal del hombre: la cultura, el arte, la literatura, la palabra, la arquitectura, el folclore, la educación, las tradiciones, la música, las creencias, la religión.

## 9. BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa, Fernando (1989): *Necesidad de la utopía*, Montevideo, Nordan.
- Anderson Imbert, Enrique (1976): *El realismo mágico y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila.
- Balart, C., Díaz, C. y García, C. (1991): *Lengua, literatura e identidad. Grandes concepciones de Hispanoamérica*, Santiago, Universitaria.
- Bari de López, Camila (1989): *Unidad e identidad de Hispanoamérica*, Argentina, Universidad Nacional de Cuyo.
- Bengoa, José (1992): *Conquista y barbarie*, Santiago, Sur.
- Borges, Jorge Luis (1969): "El Muerto", en *El Aleph*, Barcelona, Planeta, pp. 2-39.
- Borges, Jorge Luis (1972): "El escritor argentino y la tradición", en *Discusión*, Argentina, Emecé, pp. 151-162.
- Canals Frau, Salvador (1950): *Prehistoria de América*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Carril, Bonifacio del (1992): "El nombre de América", en *El Mercurio* de Santiago, Suplemento, 12 de octubre, p. 13.
- Cirlot, Juan Eduardo (1982): *Diccionario de símbolos tradicionales*, Barcelona, Labor.
- CONYCIT (1975): "Informe exclusivo", en *La Semana Científica y Tecnológica* N° 131, Santiago, 13 de marzo.
- Dániken, Erich von (1986): *El día que llegaron los dioses*, México, Diana.
- Darío, Rubén (1961): "A Roosevelt", en *Cantos de vida y esperanza, Poesías Completas*, Madrid, Aguilar, pp. 720-721.
- Díaz del Castillo, Bernal (1970): *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, México, Porrúa.
- Dussel, Enrique (1973): *América latina. Dependencia y liberación*, Argentina, Fernando García Cambeiro.
- Eliade, Mircea (1978): *Mito y realidad*, Barcelona, Labor.
- Fuentes, Carlos (1969): *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz.
- Gallegos, Rómulo (1979): *Doña Bárbara*, Santiago, Andrés Bello.
- García Márquez, Gabriel (1969): *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Goic, Cedomil (1988): *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Crítica, t. I y III.
- Góngora Marmolejo, Alonso de (s/f.): *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*, Santiago, Universitaria.
- Gullón, Ricardo (1970): *García Márquez o el arte de contar*, Madrid, Taurus.
- Habich, Eduardo de (1974): *Los libros de la Biblia peruana*, Lima, ed. Eduardo de Habich, abril de 1974.

- Hagen, Víctor von (1968): *Los mayas*, 20 ed., México, Joaquín Mortiz.
- Hagen, Víctor von (1969): *Los incas, pueblo del Sol*, México, Joaquín Mortiz.
- Henríquez Ureña, Pedro (1988): "La carta del descubrimiento", en *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Crítica, pp. 108-113, t. I.
- Huidobro, Vicente (1976): "Arte poética", en *El espejo de agua, Obras Completas*, Santiago, Andrés Bello, p. 219, t. I.
- Huidobro, Vicente (1976): "Adán", en *Obras Completas*, Santiago, Andrés Bello, pp. 187-218, t. I.
- Imax, Eugenio (1956): "Estudios preliminares", en *Utopías del Renacimiento*, México, F.C.E.
- Izquierdo Gallo, Mariano (1956): *Mitología americana*, Madrid, Guadarrama.
- Koessler, Bertha (1962): *Tradiciones araucanas*, Argentina, Instituto de Filología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, t. I.
- Krickberg (1974): *Etnología de América*, México, F.C.E.
- Lacuria (1899): *Las armonías del ser expresadas por los números*, París, Chacornac, t. II.
- Lapus (1982): *La ciencia de los números*, Barcelona, Humanitas.
- Latcham, Ricardo (1936): *Prehistoria chilena*, Santiago, Oficina del Libro.
- León Portilla, Miguel (1970): *El reverso de la conquista*, 20 ed., México, Joaquín Mortiz.
- Lora Risco, Alejandro (1987): *Pérdida del ser en la historia de América*, Santiago, Mar del Plata.
- Lucena Salmorel, Manuel (1982): "Hispanoamérica en la época colonial", en *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, pp. 11-33, t. I.
- Madrigal, Luis Íñigo (1987): *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, t. I y II.
- Manrique, Jorge (1952): "Coplas de don Jorge Manrique por la muerte de su padre", en *Cancionero*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Mistral, Gabriela (1958): "Una palabra", en *Poesías Completas*, Madrid, Aguilar, p. 721.
- Mistral, Gabriela (1979): *Magisterio y niño*, Santiago, Andrés Bello.
- Molina Téllez, Félix (1947): *El mito, la leyenda y el hombre*, Buenos Aires.
- Morinigo, Marcos (1946): *América en el teatro de Lope de Vega*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filosofía, Buenos Aires.
- Neruda, Pablo (1962): "Canto General", en *Obras Completas*, 20 ed., Buenos Aires, Losada, pp. 297-675.
- Neruda, Pablo (1978): "La palabra", en *Confieso que he vivido. Memorias*, 60 ed., Buenos Aires, Losada, pp. 73-74.
- Paz, Octavio (1971): *Las peras del olmo*, Barcelona, Seix-Barral.
- Paz, Octavio (1979): *El laberinto de la soledad*, México, F.C.E.
- Paz, Octavio (1980): *Pasión crítica*, Barcelona, Seix-Barral.
- Real Academia Española (1984): *Diccionario*, 211 ed., Madrid, Espasa-Calpe, p. 469, t. I.
- Rivera, José Eustasio (1981): *La vorágine*, Santiago, Andrés Bello.
- Rojas, Manuel (1981): *La ciudad de los Césares*, Santiago, Zig-Zag.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1961): *Facundo*, Madrid, Aguilar.
- Saunière, Spèrata de (1975): *Cuentos populares araucanos y chilenos*, Santiago, Nascimento.
- Silva, Hugo -pseud. Julio César- (1945): *Pacha Pulay*, Santiago, Zig-Zag.

- Solar Correa, Eduardo** (1943): *Las tres Colonias. Ensayo de interpretación histórica*, Santiago, Zamorano y Caperán.
- Vega, Lope de** (1954): *Arauco domado*, Santiago, Zig-Zag.
- Todorov, Tzvetan** (1991): *La conquista de América. La cuestión del otro*, 30 ed., México, Siglo Veintiuno.
- Uslar Pietri, Arturo** (1992): "América no fue descubierta", en *El Mercurio* de Santiago, Suplemento, 12 de octubre, pp. 11-12.
- Vignati, A. y Faber, A.** (s/f): *Los grandes enigmas del cielo y de la tierra*, Barcelona, A.T.E.
- Yurkievich, Saúl** (1978): *La confabulación con la palabra*, Madrid, Taurus.
- Zea, Leopoldo** (1991): *Ideas y presagios del descubrimiento de América*, México, F.C.E.



## COLECCIÓN MONOGRAFÍA TEMÁTICA

1	<i>Literatura española medieval</i> Irma Céspedes B., César García Á., John Toro A.
2	<i>Poética de dos mundos. Chile y España en la magia creadora del lenguaje</i> Editores: Carmen Balart C., Irma Céspedes B. y César García Á.
3	<i>Literatura hispanoamericana moderna</i> Carmen Balart C. y Claudia Maureira G.
4	<i>Poesía chilena contemporánea: Pedro Prado</i> Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
5	<i>Estudios sobre poesía chilena contemporánea</i> Editoras: Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
6	<i>Poesía de tres mundos: Grecia, España, Chile</i> César García Á.
7	<i>Documento para el estudio de la historia indígena de Chile</i> Cristián Vergara O.
8	<i>Estudios de fonética y literatura inglesas</i> Editor: Héctor Ortiz L.
9	<i>Los términos Dios, luz, palabra, vida, en Heráclito. El Logos</i> Giuseppina Grammatico A.
10	<i>Historia de Chile: 1830-1900</i> Guillermo Bravo A.
11	<i>Poetas chilenos contemporáneos I: Gabriela Mistral y Pablo Neruda</i> Carmen Balart C.
12	<i>Poetas chilenos contemporáneos II: Vicente Huidobro y Nicanor Parra</i> Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
13	<i>Los Estados Unidos de Norteamérica: 1861-1865. Secesión y Guerra Civil</i> Diana Veneros R.
14	<i>La cosmovisión literaria de linaje, familia y hogar en Esquilo, Sófocles y Eurípides</i> Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
15	<i>Mito y palabra creadora de mundo en la literatura hispanoamericana</i> Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
16	<i>Word stress and sentence accent</i> Héctor Ortiz L.
17	<i>Los términos Dios, luz, palabra, vida, en Heráclito. 2ª parte. El hombre y la palabra</i> Giuseppina Grammatico A.
18	<i>Seminario de poesía lírica chilena. El hombre y su existencia</i> Editoras: Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
19	<i>Seminario de poesía lírica chilena. El hombre y su espacio</i> Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.
20	<i>Seminario de poesía lírica chilena. El hombre y su teoría</i> Editoras: Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.

21	<i>De Cicerón a César</i> Erwin Robertson R.
22	<i>Orígenes del hombre y de la cultura paleoindia en América y Chile</i> Cristián Vergara O.
23	<i>Planificación y desarrollo regionales en Chile y su impacto en el bienestar social de la población.</i> Héctor Toledo R.
24	<i>Practical English phonetics</i> Abelardo Avendaño Z. y Héctor Ortiz L.
25	<i>Literatura medieval. El mundo medieval I</i> Irma Céspedes B.
26	<i>Literatura medieval. El mundo medieval II</i> Irma Céspedes B.
27	<i>Manual de estética</i> Jaime Blume S.
28	<i>Grupos y organizaciones de la Resistencia en Alemania durante el Nacionalsocialismo.</i> Sor Úrsula Tapia G.
29	<i>Chile y los chilenos en Selva Lirica</i> Jaime Blume S.

---

